

# **El tren**

María Vila

El Jurado de este Premio estuvo compuesto por Cecilia Belchí Arévalo, presidenta; Concha López Díaz, Pura Azorín Zafrilla, Anastasio Paredero Rodríguez y Martín Martí Hernández, secretario.

© María Vila San José

© I. E. S. "José Luis Castillo-Puche" ,

Edita: I. E. S. "José Luis Castillo-Puche" ,

Diseño colección: Victoria Carpena.

Imprime: Yecla-Grafic, s. l.

I.S.B.N: 84-9224 11-8-7

Dep. Legal: MU-88-2003.

**A una Jota, la que tenga que ser.**

No estaba más desolado que los demás pueblos después de la guerra, pero sí tenía un ambiente más triste. Tal vez fuera por aquel viento abrasador que hacía batir las persianas de las casas, arrastraba cardos por entre las calles y lo llenaba todo de arena del desierto. Tal vez fuera por el silbato triste del tren de las cinco menos diez, que arrancaba la gente de su monotonía y los llamaba a observar el paso de todos aquellos tesoros que nunca paraban allí. Pero lo que era evidente para todos, era que el pueblo estaba muerto. Muerto como el alma de cada uno de los habitantes, perdedores, vencidos en una guerra sin sentido entre hermanos.

El oficial, con su casaca cubierta de polvo y sin más equipaje que un fusil carente de munición, caminó entre las casas, por aquellas calles dormidas, bajo el peso de miles de miradas que se escurrían entre los pobres visillos y se posaban en él. Caminó hasta llegar al burdelito que había justo en el límite con la zona del pueblo que había sido arrasada por los cañonazos, y en la que todavía quedaban algunos cuerpos medio sepultados que nadie se había atrevido a recoger. Un soplo de aire más fuerte obligó al oficial a cerrar los ojos para que no se le llenaran de arena. Cuando el viento se calmó, el soldado alzó la vista al sol, que comenzaba a caer hacia el oeste; respiró hondo, y se dirigió a la puerta trasera.

El burdel no era muy distinto de cualquier otra casa. Era de madera, tenía dos pisos y la fachada gastada por la erosión del viento. Si alguna vez colgó un cartel que lo anunciara, hacía ya tiempo que se había perdido.

El oficial golpeó la puerta con los nudillos y no tardó en aparecer una mujer. Era joven, delgada y dura. Tenía el pelo corto a la altura de la barbilla, y lo llevaba apartado de la cara por un pasador de plata en el que aparecían en relieve caballos galopando. No iba pintada, y su vestido no tenía un escote más sugerente que cualquier otro. Se secaba las manos en un delantal viejo. Observó al hombre que había llamado y después de unos instantes dijo:

-Los clientes entran por la puerta principal. .-

El bajó la vista.

-Sólo busco un lugar donde pasar la noche. No tardó en encontrar la palabra-, no puedo pagaras.

-Ya. Todo el mundo está igual. Te sería más fácil encontrar donde dormir si te quitaras esa casaca.

-Me dijeron..., una mujer me dijo que vosotras no tendríais problemas en... acoger a uno de los míos.

La mujer le hizo un gesto con la barbilla.

-Pasa.

El oficial la siguió al interior de la cocina. El fregadero estaba lleno de cacharros, a la izquierda los limpios, a la derecha los que aún estaban sucios.

-Ayer tuve trabajo y no tuve tiempo de lavarlos-se disculpó.

Cruzaron una salita tan triste como el resto del pueblo y la joven lo guió escaleras arriba, hasta un dormitorio que tenía una cama de matrimonio cubierta por una colcha raída, y un armario. Lo abrió y sacó una manta. Volvieron a bajar.

-Dormirás en el tresillo.

Él asintió. Al acercarse le sorprendió ver a una mujer recostada en él, una joven en la que no se había fijado antes. Estaba completamente desnuda de cintura para arriba, y entre sus cabellos rizados se entreveían dos pechos generosos. No vestía más que una enagua gastada. Tenía los ojos azules y la mirada apagada clavada en la ventana que daba a la calle.

-Alba, quítate -ordenó la otra mujer-. Este caballero va a dormir aquí.

Alba no se movió. La otra mujer, ignorando el efecto omiso que sus palabras habían causado, se volvió hacia el oficial.

-Arriba, en la habitación del fondo, hay un balde que puedes utilizar para lavarte si lo llenas de agua. Ya no tenemos agua corriente, así que tendrás que ir a la fuente que hay cruzando la vía del tren. Yo llevo dos días sin bañarme por eso. Si decides ir, pídemme unos cubos.

-Lo llenaré y podrán bañarse. Ya me lavaré yo después.

La prostituta analizó al soldado unos instantes y sonrió.

-Haz lo que quieras. Estaré en la cocina.

Cuando la mujer desapareció por la puerta, él clavó los ojos en la prostituta a la que habían llamado Alba. Después echó un vistazo alrededor hasta que encontró un corsé sobre un estante. Se dirigió hacia él, lo cogió, dejó en la esquina el fusil, y se acercó a la mujer que seguía allí tendida, inmóvil, tan muerta como el pueblo, y la casa, y su mirada azul.

-Vístase un poco -dijo estirándoselo-. Una mujer tan hermosa como usted no necesita ir así para llamar la atención. Mientras tanto, le llenaré el balde de agua.

Los ojos azules de Alba se llenaron de sorpresa. Cogió la prenda que le tendía y murmuró algo que podían ser unas palabras de agradecimiento. Él se dirigió a la cocina, tomó dos cubos y salió con ellos en dirección a la fuente que había

cruzando la vía del tren. Los llenó de agua, regresó al burdel, los volcó en el balde del piso de arriba y regresó a la fuente a repetir la operación. Cuando estaba llenándolos por segunda vez sonó el silbato del tren, y el traqueteo de las ruedas en la vía. Asió los cubos y se acercó al lugar por donde pasarían los vagones cargados de riquezas, riquezas que no eran más que útiles domésticos y provisiones, pero que eran riquezas en aquellos instantes para los habitantes del pueblo. Jabón, legumbres, ropa... El oficial observó al tren aproximarse, y después la locomotora pasar inmutable a su lado. Entonces la vio. En la máquina que tiraba de aquellos vagones, viajaba una mujer, hermosa como pocas. Apenas habían sido unos segundos, pero eran suficientes para apreciar aquella belleza exótica y salvaje. Enmarcaba aquel rostro perfecto un pelo liso y muy oscuro que le llegaba a la altura de la barbilla, como a la puta. Tenía unos pómulos altos, unos labios gruesos, una boca grande..., y luego aquellos enormes ojos verdes que se habían clavado en él unos instantes. Vestía unos pantalones con peto, y una gorra ladeada sobre la cabeza; y tenía la cara y los brazos tiznados por el humo. Y era hermosa. Hermosa como pocas, no ya por sus rasgos sino por el aire que despedía, que despedían sus ojos duros, serios, inalcanzables, tan preciados como las riquezas del vagón. El tren tardó en pasar; tardaron cada uno de sus vagones, y aun cuando se hubo marchado el oficial tardó en reanudar su camino de regreso al burdel. Allí empujó la puerta de entrada de la cocina, subió al piso de arriba y vació los cubos. Alba salió de la única habitación del piso de arriba que a él le quedaba por conocer, envuelta en una toalla.

Le sonrió.

-Adelante -dijo él-. Ya se puede lavar.

-Gracias.

No había descendido el oficial tres escalones cuando ella lo detuvo.

-¡Soldado! Estaba pensando que..., si me encuentras bonita..., tal vez después de cenar...

-No tengo dinero.

-Ya lo sé.

Él le devolvió la sonrisa y bajó a la cocina. Allí, la otra prostituta, de pie junto a la pila sacaba una gallina de un barreño de agua hirviendo.

-¿Puedo hacer algo más por ustedes?

-No creo que quieras ayudarme a desplumar la gallina, pero puedes sentarte y hacerme compañía hasta que suba a lavarme.

-Cuando salga Alba le llenaré el balde de agua limpia.

Ella se sentó a la mesa con la gallina entre las manos.

-No es necesario. No creo que el agua esté tan sucia como para que tengas que darte dos paseos más. Ya te mandaré a por agua para cocer el pollo. Ya cambio te daremos de cenar.

El se sentó a su lado.

-No sé cómo te llamas, soldado.

-José.

-José, has salvado a mi hermana.

Cenaron caldo de pollo y patatas cocidas con un hueso de jamón. Alba llevaba el vestido más discreto que tenía, pero incluso con el escote más cerrado, el volumen de su pecho llamaba la atención, y sus caderas anchas se dibujaban entre la falda. Los tres estaban limpios; los tres olían bien y la cena fue alegre en comparación con la casa y el pueblo y la desolación latente. Alba hablaba mucho, y en sus ojos brillaba una chispa de entusiasmo que hacía sonreír a su hermana, Beatriz. Contaba peripecias de cuando eran crías, anécdotas divertidas de algunos



clientes, hablaba de sus sueños más hermosos, y de los de su hermana, absolutamente incompatibles con los suyos.

-Beatriz querría comprarse una granja y vivir allí, apartada de todo. ¿Te imaginas, José? ¡Qué vida tan triste! Sin gente, sin poder hablar con las vecinas de cuánto te quiere tu marido.. .

La palabra marido era una constante en los monólogos de Alba.

-Si yo estuviera casada, mi marido no tendría necesidad de ponerme los cuernos con otra, te lo aseguro. Lo que ocurre es que hay mucha mujer por ahí que cuando se casa se abandona, y otras muchas que se casan por orden de sus padres y jamás debieron abandonar la idea de ingresar en un convento.

Beatriz no decía nada. La dejaba hablar. Y José tampoco intervenía. A pesar de todo la sobremesa se prolongó hasta bien tarde. Entonces Beatriz se puso a fregar los platos y como no había que hacer nada más en la cocina y no parecía que fuera a llegar nadie, Alba y José se retiraron. Aquella noche el soldado no durmió en el sofá.

El amanecer descubrió a José abrazado al cuerpo dormido de la puta. Se vistió en silencio y bajó a la cocina. Beatriz ya estaba levantada y calentaba agua para un café, arropada en una bata.

-Buenos días.

-Buenos días, José. Tendrás que ir a por más agua.

Él obedeció en silencio. El pueblo, a aquellas horas, tenía un aire distinto. Había perdido ese color tostado del atardecer y todo parecía más blanco. Dormido, el pueblo conservaba una inocencia de preguerra. José cruzó la vía, llenó el cubo y el botijo y regresó con ellos. Al volver a cruzarla buscó en el horizonte el tren, pero sólo se veían las dos vías

limpias, que se juntaban hasta convertirse en un hilo. Llegó al burdel, dejó el cubo y el botijo y se sentó a la mesa.

-¿Cree usted que podría encontrar trabajo por aquí, señorita?

Beatriz sonrió.

-Estoy segura de que no lo encontrarías jamás. La gente no tiene nada. No puede pagarte, y si tuvieran que contratar a alguien..., jamás sería a ti. No si no te compras algo de ropa. Y aunque lo hicieras..., la gente ya te conoce. Esto ya era pequeño antes de la guerra, y ahora es la mitad.

Le sirvió café.

-¿Por qué quieres quedarte?

-He perdido a mi pelotón y no tiene sentido que siga vagando de pueblo en pueblo para encontrarlos. Si hemos tomado este lugar, tiene que haber algún destacamento por aquí cerca, y probablemente vengan por aquí algún día.

Entonces me marcharé con ellos. Lo que no puedo hacer es marcharme sin saber a dónde. Aunque si dice que no hay trabajo...

-Trabajo hay. Hay mucho que hacer. Lo que no hay es dinero.

Beatriz se sentó a su lado. Sopló en su taza y dio un sorbo.

-Mira, si sólo van a ser unos días hasta que encuentres a los tuyos, te puedes quedar aquí. Yo estoy cansada, y no nos viene mal un hombre para hacer algunas tareas como traer agua, cortar leña para la estufa, arreglar la puerta de mi dormitorio que chirría un horror cada vez que la abres... Es cierto que la gente no tiene nada, pero están desesperados. Lo poco que tienen lo gastan aquí, y donde comemos dos podemos comer tres.

-Señorita, es muy amable por su parte, pero...

-Llámame Beatriz. A saber cuándo te vas.

Alba no dijo nada cuando se enteró de que el oficial se quedaba; sólo le brillaron los ojos. Le indicó a José qué puerta tenía que arreglar, dónde estaba la leña para cortar y dónde las herramientas. El soldado estuvo ocupado toda la mañana pero la gallina que habían cocido el día anterior recompensó con creces sus esfuerzos..

Por la tarde llegaron al burdel un par de hombres y él salió a dar un paseo. Se acercó a la entrada del pueblo y esperó a que pasara el tren. El maquinista seguía siendo la misma persona: la mujer de los ojos verdes. Ella le clavó la mirada durante los segundos que tardó en cruzar la locomotora y él se quedó allí parado, observando cómo pasaban cada uno de los vagones, y aún después tardó en despabilarse. Entonces regresó al burdel sin encontrarse con nadie.

Beatriz estaba en la cocina, sentada ante la mesa con su pasador de plata con caballos en relieve entre los dedos.

-Ese bruto me lo ha roto -suspiró.

José se lo quitó con delicadeza.

-No se puede arreglar -dijo ella-. Pero si quieres quedártelo para intentarlo, es tuyo. Yo ya no me 10 puedo poner, y no lo quiero para nada.

-Veré lo que se puede hacer.

Beatriz se encogió de hombros. En aquel instante llegó Alba. Sonrió a José y se sentó a la mesa. La puerta principal sonó al cerrarse.

-Hoy cenaremos bien-dijo la hermana más joven.

La segunda noche que José pasó allí, le despertó el tren. No su silbato, puesto que de noche no lo hacían sonar, pero sí el temblor que se producía a su paso. Se levantó de la cama.

-Sólo es el tren -murmuró Alba entre sueños, con la cara medio escondida entre sus rizos rubios-. Anoche no lo oíste.

José se asomó a la ventana para ver pasar los vagones en dirección contraria y se quedó allí inmóvil, hasta que la mujer le instó a que volviera a la cama.

La noche siguiente, a las dos de la mañana, el oficial esperaba puntualmente en el extremo opuesto del pueblo a aquél en el que había esperado al tren de día. La máquina rugió a su lado, y José regresó al burdel con una sonrisa en los labios. Dentro de la locomotora, a aquellas horas de la noche, seguía estando la mujer de los ojos verdes.

El pueblo pronto se acostumbró a José, tal vez más si cabe que José al pueblo. Por las tardes las calles seguían vacías por el calor, pero al cabo de un par de días, las niñas que saltaban a la comba por la mañana dejaron de esconderse en sus casas al paso del oficial.

Se volvió frecuente que José acompañara a Beatriz si compraba harina o algo que requiriera de la fuerza física del hombre, y también la gente dejó de esconder las palabras y guardar silencio cuando lo veían, aunque aquello llevó más tiempo.

Pasadas dos semanas a nadie le extrañaba ver al forastero esperar pacientemente a la entrada del pueblo el tren de las cinco menos diez, aquel tren que ellos aborrecían porque iba cargado de cosas que no se quedaban allí, sino que seguían para abastecer a una ciudad, o a otra. Lo que los del pueblo no sabían era que a las dos de la mañana, las noches en que José no dormía con Alba por estar ella ocupada, también esperaba el tren, no ya a la entrada sino a la salida, que era por donde aparecía aquellas horas. Y siempre en la locomotora, por la

ventana, aparecía la misma persona, el mismo rostro perfecto, los mismos ojos verdes.

Alba y Beatriz eran las que más se habían acostumbrado a su presencia. A menudo por las mañanas, cuando la prostituta de pelo a la altura de la barbilla bajaba a desayunar, se encontraba que el agua ya estaba caliente, o al entrar en el baño descubría el balde lleno, o los cacharros de la noche anterior fregados. Y en sus ratos libres, se sentaban ella y él en la cocina; ella cosía y él observaba pensativo. Normalmente no mediaban palabra, pero otras veces Beatriz hacía pequeños comentarios sobre algo que había oído cuando regateaba por conseguir más barato un retal, o algún acontecimiento de los que solían dar lugar a cotilleos entre mujeres más dadas a la conversación que la prostituta. Y José le hacía compañía. Sin hablar, sin decir nada, como se la podría hacer un perro.

A cambio de aquellas pequeñas tareas y de la compañía silenciosa, las prostitutas proveían al oficial todos los días de comida, y un sofá donde dormir, y a menudo incluso de una cama con un cuerpo caliente a su lado. Y, de vez en cuando, Beatriz también le lavaba la camisa; los pantalones y el resto de la ropa sólo se los lavaba alguna noche que el joven pasaba con su hermana, para devolvérselos todavía algo húmedos por la mañana.

Sin embargo es posible que la más acostumbrada a su presencia fuera Alba. Por la mañana, si se encontraban apenas se daban los buenos días, pero a la hora de la cena la menor de las hermanas se desataba a hablar y hablar, y cuando terminaban de recoger la cocina siempre decía:

-Bueno. Yo me voy a acostar.

Aquellas palabras eran una llamada a José, que le daba las buenas noches a Beatriz y acompañaba a Alba a su dormitorio.

Si tenían clientes, José dormía en el sofá. Pero realmente no dormía. Se quedaba allí esperando a que los hombres las dejaran tranquilas, o hacía más corta la espera acudiendo al encuentro del tren. Sólo cuando las dos hermanas se quedaban solas cerraba los ojos y descansaba. Esas noches no subía al dormitorio de Alba, ni siquiera si los clientes se iban pronto y la prostituta se lo agradecía con un silencio.

Y en el pueblo se hablaba del soldado. Nadie sabía exactamente qué hacía en el burdel. Los primeros hombres que acudieron se sorprendieron al principio al ver al soldado en el tresillo, pero también ellos se acostumbraron en seguida. Si iban más de dos y alguno tenía que esperar su turno, éste a veces intentaba entablar conversación con José, pero no tardaba en darse por vencido y rehusar a la charla optando o bien por un silencio o por un monólogo. Tampoco sabía nadie qué hacía en el pueblo. Y aunque todos sabían que era del bando enemigo se hacía difícil odiarle. Así poco a poco lo fueron aceptando como uno más. Era el forastero, pero era "tan de allí" como cualquier otro. Un elemento más del paisaje triste que, invariablemente, aparecía como un árbol sin hojas, a las cinco menos diez, junto a la vía del tren.

-No te acerques Si no quieres llorar, José - le dijo

- Beatriz mientras troceaba una cebolla.

-No me importa llorar un poco.

Anocheceía. José acababa de regresar de su paseo por la vía del tren. Se sentó junto a la puta. La mujer se colocó el pelo detrás de la oreja, en un gesto que se había vuelto habitual desde que le rompieron el pasador de caballos.

-¿Sabes de lo que me he enterado hoy en la mercería?

José indicó con un silencio que escuchaba.

-Han castigado a Estrellita, la hija de la costurera, a no salir de casa en no sé cuántos días por haber dicho que a ella no le importaría meterse a puta si con eso conseguía un hombre como tú.

El oficial sonrió.

-No tenían que haberla castigado, sino haberla llevado al médico para que le mirara la vista.

Esta vez fue Beatriz quien sonrió.

-Estrellita no es la única que te encuentra atractivo.

-Entonces tenías más razón de la que creía cuando dijiste que la gente aquí estaba desesperada.

-Son gente sencilla, José. Ellos no saben qué demonios haces tú aquí, pero te ven ir a por agua, cargar con mi compra, cortar leña... -El cuchillo seguía su movimiento automático-. Y eres educado con todo el mundo. Es más de lo que cualquier mujer aquí soñaría con tener.

José observaba a través de la ventana del dormitorio el paso del tren. Cuando el último vagón desapareció, rodeó la cama y tratando de no hacer ruido se metió dentro. Alba estaba de espaldas a él, con el rostro hacia la ventana. La luz azul de la noche dibujaba sombras en las curvas de la sábana.

-¿Me encuentras bonita? -preguntó de pronto.

José tardó en contestar, como si dudara sobre la pronunciación real de aquellas palabras y no estuviera convencido de que no había sido la voz de la mujer en sueños. Entonces se aproximó a ella, que seguía inmóvil, de espaldas. Le apartó los rizos de la cara y le susurró al oído:

-Eres preciosa. Ya lo sabes. Te lo dije cuando te conocí.

Le rodeó la cintura con el brazo.

-Si yo..., si yo envejeciera, y dejara de ser tan bonita..., no tendría nada, José. Sólo tú te preocupas por lo que siento cuando...

Su voz se apagó. Él la giró obligándola a que lo mirara a los ojos.

-Muchos hombres morirían por tenerte. Y no sólo por tu belleza.

-José... -murmuró ella, y él la calló con un beso suave en los labios.

Fue Beatriz y no el amanecer quien despertó a José aquella mañana. La hermana mayor golpeó la puerta dos veces y después la abrió, dando al oficial el tiempo justo para taparse con la sábana. El joven buscó con la vista sus pantalones y los encontró sobre la silla.

-No he venido a traerte la ropa limpia –explicó Beatriz-. Hay un soldado de los tuyos. Ha llegado esta mañana.

La puta caminó hacia la silla, cogió los pantalones y se los tiró.

-¡Date prisa.!

Antes siquiera de que la puerta se cerrara! José se levantó de la cama de un salto. Alba había abierto los ojos y lo miraba incorporada sobre el lecho. Su mirada se había llenado de una niebla extraña.

José encontró al oficial enfrente de una droguería que había a la entrada del pueblo, cerca de la vía. Era un hombre joven, apuesto, con un bigote inglés que le daba cierto aire de elegancia. En su casaca llevaba las insignias de capitán. José le puso al corriente de los hechos y de su intención de reingresar en su regimiento. El capitán estaba hambriento y le propuso



escuchar su historia mientras comían. José le condujo a un mesón junto a la vía, a una tasca, a un restaurantito, a una posada. En todos se negaron a darles nada con la excusa de no tenerlo. Así terminaron en el burdel. José hizo las presentaciones entre Beatriz y el capitán Gutiérrez, y la mujer accedió a prepararles la comida siempre y cuando el nuevo oficial le pagara. Comieron los dos solos, en la cocina, mientras Beatriz les servía.

El capitán era un hombre agradable, que hablaba lo justo y se reía a menudo. Cuando lo hacía, su bigotito inglés se agitaba de arriba a abajo contagiando las ganas de reír. Le gustó la historia de José, y de cómo éste había terminado viviendo con las putas.

-Lo que más gracia me hace, alférez, es que tienes al otro lado del pueblo una casa que hace las veces de cuartel, donde habrías encontrado a todo tu pelotón. Ahora se han puesto en marcha de nuevo y no podrás unirte a ellos, pero han estado allí varias semanas. Tendrás que venir conmigo a tu ciudad natal y allí te reincorporarás a un cuerpo en el que puedas estar más cerca de tu hermano y tu cuñada.

-¿Ha dicho, capitán, que había gente de los nuestros en este pueblo?

-Eso es imposible -intervino la prostituta mientras recogía los platos vacíos.

-No, no lo es. Nos reunimos todos en la casa de Carmen, al otro lado del pueblo más allá de la zona devastada. Allí está nuestro... "centro de operaciones". ¿No lo sabía usted, señorita?

-Nadie ha vuelto a entrar allí desde los bombardeos. Murió demasiada gente -explicó la prostituta manteniéndole con firmeza la mirada al capitán.

No quedaba agua para el café y, al verlo, José se dispuso a levantarse para ir a por ella, pero Beatriz se lo impidió colocándole la mano en el hombro.

-Iré yo -dijo en un tono de voz que no admitía discusión.

Cuando se quedaron solos, el capitán Gutiérrez se recostó en el respaldo de la silla con una sonrisa.

-Es un mujer muy bonita -apuntó-. No es del tipo de mujer que llame la atención, pero tiene un cuerpo duro y fuerte. Y es guapa.

-Sí -contestó José, y apartó la vista.

-¿Tú crees que yo...? -prosiguió el capitán.

-Sí -contestó el alférez de nuevo-. Pagando, claro.

Era pronto para que pasara el tren y para dar un paseo, pero José no quería quedarse allí esperando a que terminara su superior. Así que salió del burdel y comenzó a caminar por el único lugar que no había caminado nunca: la parte del pueblo que había sufrido los bombardeos estaba más muerta y desolada si cabe que el resto. Las casas estaban destrozadas, los corrales abatidos; había manchas oscuras de sangre en los adoquines y lo que no había sido destruido por los impactos había sido abrasado por las llamas. Olía a ceniza, a quemado y a muerte. Las ratas campaban entre los restos de lo que en otro tiempo fueron perros, asnos, cerdos... Entre algunas piedras de tapias derruidas aparecía algún miembro humano con algún trozo de carne tumefacta aún adherido a los huesos, a cuyo propietario no habían tenido fuerza y voluntad de desenterrar. José siguió caminando, impasible. Con el sonido del viento silbando entre las calles se oían, a lo lejos, voces y risas que añadían atrocidad a la escena. Sonó un ruido detrás del oficial y éste se giró rápido, de un modo instintivo. Pero sólo estaban el viento y

las risas de fondo. Guiado por ellas José llegó hasta una construcción grande de ladrillo y escarola. La puerta estaba cerrada pero no tenía candado ni nada que impidiera su entrada. José empujó la madera para descubrir el interior. Había varias mesas redondas, rodeadas por sillas en las que se apelmazaban, como racimos de uvas azules en un cesto, multitud de soldados con idéntico uniforme al suyo. La mayoría tenía una cerveza delante de ellos. Sólo algunos bebían café. A la derecha había una barra, y detrás de ella una puerta que conducía a un almacén. Al fondo de la habitación había una escalera de subida.

Sin lugar a dudas se trataba de lo que el capitán Gutiérrez había llamado "la casa de Carmen". Cuando José cruzó el umbral, alguna mirada se posó en él, pero sólo unos instantes. Después volvieron a lo suyo.

José se sentó en una mesa libre. De nuevo se clavaron en él varios pares de ojos. Él les sostuvo la mirada y regresaron mansos a su círculo.

Carmen apareció por la puerta del almacén. Era una mujerona grande, de unos cincuenta y pocos años, el pelo corto y rizado y unos brazos rollizos. Llevaba un delantal enorme que apenas le tapaba la tripa y un cigarro le colgaba de los labios. Se paseó entre las mesas, se rió con cada uno de los oficiales y por último se dirigió a José.

-¡Hola, alférez!

-Buenas tardes, doña Carmen -contestó él.

La mujer lo estudió unos instantes. Aquel rostro serio, aquellos ojos serios, aquellos labios serios. No era gran cosa y menos aún guapo, en el sentido clásico de la belleza. Pero sus rasgos serios y firmes podían parecer atractivos, o cuando menos interesantes.

-Eres un hombre callado, limpio, trabajador, educado, no muy decidido, pero firme en tus ideales. Y me atrevería a decir que eres un hombre bueno.

José sonrió sin contestar. Carmen se cruzó de brazos.

-¿Qué te pongo?

-Si no le importa, no tomaré nada.

Carmen sonrió.

-No, no me importa. ¿No quieres ni siquiera un vaso de agua?

-Si no le supone ninguna molestia.

La mujer sonrió de nuevo.

-Ninguna. Me encanta tener razón -murmuró y regresó a la barra.

Dos oficiales, uno bajo y menudo con el pelo largo, y otro grande con barba se levantaron de su mesa y se sentaron uno a cada lado del alférez.

-Hola, alférez. Qué casaca tan limpia -dijo el menudo.

-¿Por qué no nos invita a algo? Tenemos sed.

-Sargento, cabo -contestó José -, me temo que no puedo ayudarles. No tengo dinero. .

Los dos hombres se miraron.

-Vamos, alférez -insistió el menudo-. Sólo una copita. Hoy por ti, mañana por mí.

Carmen llegó con el agua y la dejó sobre la mesa.

-¡Vamos, sabandijas! ¡Dejad en paz al alférez!

-Carmen -repuso el barbudo-, con la casaca tan limpia que lleva seguro que tiene para invitarnos.

-Ya me habéis oído -dijo la mujer colocando los brazos en jarras.

Los dos hombres soltaron un bufido, se pusieron en pie y se marcharon a otra mesa.

-Gracias -murmuró José-. Tiene usted más autoridad que un general.

-Sí, les asusta mi uniforme -sonrió ella-. ¿Te importa que me sienta?  
José le señaló la silla de al lado, y la mujer se sentó.

-Dime, alférez, ¿llevas mucho tiempo perdido?

-¿Perdido?

-Sí, perdido. Vienes sólo y has venido el día que el capitán Gutiérrez ha bajado a la parte viva. Apostaría a que él te ha encontrado y apostaría también que tu pelotón era aquel que se marchó hace una semana. ¿Ganaría la apuesta? José clavó la vista en la mesa con una sonrisa en los labios.

-Eso es un sí -concluyó la mujerona golpeando la mesa con la palma de la mano-. Entonces volverás a tu pueblo natal o donde quiera que vivieras antes.

El oficial contestó de nuevo con un silencio.

-¿Te espera alguien allí?

El tardó en contestar.

-Tengo..., está mi cuñada. Y mis sobrinos. De mi hermano no sé qué habrá sido -suspiró-. Pero realmente no me esperan. Si a mí me ocurriera cualquier cosa, ellos se quedarían con todo lo que tengo y probablemente lo necesiten más que yo.

-Y supongo que ese "todo lo que tengo" será bastante. Se nota a la legua. Por eso te molestaban esos indeseables.

-Es cierto. No me podía quejar por el dinero. Supongo que se podría decir que era rico.

-¿"Era"? ¿Por qué "era" y no "soy"?

José se quedó callado.

-No tienes que contestar, alférez.

-Mi cuñada.. . ha debido de hacerse ya con todo lo mío. Si yo regresara no haría más que estropearlo. Sería mejor que no volviera. Sería mejor para todos.

-Pero tienes que hacerlo. Tu pelotón se ha marchado, y no teniendo ningún otro al que unirte debes regresar a tu ciudad para que te asignen a algún regimiento nuevo.

El oficial se quedó con la mirada clavada en ninguna parte, pensativo.

-Y seguro que tus sobrinos se alegran de que vuelvas.

Pero las palabras de Carmen no parecieron animar al joven. Sonaron las cuatro y media en un reloj de pie.

-Debo marcharme -dijo el joven, como si despertara de pronto. Se puso en pie-. Gracias por todo, doña Carmen.

La mujer lo observó ponerse en pie y lo acompañó a la puerta.

-Vuelve cuando quieras, alférez.

-José -aclaró él.

-José -repitió ella.

El sol comenzaba a caer sobre las ruinas cuando salió de la casa. En aquellas semanas el oficial había visto el sol descender muchas veces y lanzar un desafío luminoso sobre los vagones antes de desaparecer tras el horizonte. José se metió las manos en los bolsillos y apretó el paso. El viento había empezado a soplar con más fuerza y le obligaba a mantener la vista en el suelo para que no se le llenaran los ojos de arena.

-Ha sido un detalle muy feo no invitarnos a una copa, alférez.

El viento se llevó trozos de las palabras y los escondió entre las casas vacías. José alzó la vista y miró a su alrededor hasta encontrar al menudo y al gigantón de la barba acercándose a él por su derecha.

Había hablado el menudo de pelo largo y fue él mismo quien prosiguió.

-Pero mi amigo y yo no somos rencorosos. Si nos da lo que lleva encima olvidaremos el incidente. José les sostuvo la mirada hasta que los ojos del menudo brillaron de ira. Entonces el alférez murmuró:

-Oficiales, ya les he dicho que no tengo dinero.

El cabo y el sargento cruzaron una mirada rápida. El menudo se mojó los labios con la lengua y midiendo sus movimientos, tal vez preocupado por la serenidad de José, sacó de su bolsillo una navaja.

-¿Te crees muy duro, verdad, alférez?

José se fijó en la navaja.

-No -contestó muy despacio-. Sólo es que no tengo dinero. Aunque sacaras un cañón no puedo cambiar eso.

El menudo hizo un gesto al de barba y éste se acercó a José y lo agarró de los brazos por detrás. José no opuso resistencia. Tan solo apretó la mandíbula cuando el menudo de greñas se le acercó, pasándose de nuevo la lengua por los labios.

-Tienes muchos humos, alférez. Ya verás cómo se te bajan. Vaya hacerte suplicar que te deje que nos des tu asqueroso dinero.

Mientras hablaba había comenzado a arremangarse.

Tenía la piel de los brazos seca como los labios. José se mantuvo impasible.

-Es una lástima que los muertos no puedan reírse -dijo-, porque eso sería lo que haría mi cadáver cuando viera la cara que se os pone al registrarme y ver que realmente no tengo una moneda.

El barbudo le dirigió un vistazo nervioso a su acompañante, volvió a mirar a José y de nuevo a su acompañante. : Por fin preguntó:

-¿Y si dice la verdad?

Cabo y sargento se quedaron en silencio; el del pelo largo humedeciéndose los labios; el otro mirando incómodo a su alrededor. El viento seguía soplando en la arena. Entonces el gigantón le agarró el brazo izquierdo a José a la altura de la muñeca y se lo retorció inmovilizándole mientras que con su mano derecha rebuscaba en los bolsillos del pantalón.

-Nada -dijo alzando una mirada de pez.

-Tal vez en las botas... -murmuró el otro al tiempo que se arrodillaba y clavaba la navaja en la tierra.

José sonrió. "Empezáis a creerme, ¿no?" decía su silencio. El menudo registró las botas del oficial y al terminar de hacerlo lanzó una imprecación. Entonces, aprovechando el impulso necesario para volverse a poner en pie le clavó a José un gancho con el puño derecho en la boca del estómago. El alférez se dobló hacia adelante todo lo que la zarpa del barbudo retorciéndole el brazo le permitió. El menudo que tenía más fuerza de la que parecía tener su cuerpo enclenque sacudió de nuevo a José en el vientre y después en las costillas. El alférez aguantaba los golpes con la mandíbula apretada, sin intentar huir ni apartarse. El barbudo lo sostenía sin necesidad de hacer fuerza, apenas apoyándole sus manazas encima del hombro y del brazo.

El menudo se preparó para otro golpe, un gancho en el riñón izquierdo de José. Sin embargo esa vez José no se mantuvo quieto, sino que se volcó hacia adelante girándose a la derecha y girando con él al gigante. El puñetazo del canijo se clavó en el costado de su acompañante. El barbudo lanzó un quejido y soltó al alférez. José, como una lagartija, se



abalanzó sobre el cuchillo que el menudo había clavado en el suelo, lo arrancó de allí y girándose sobre sus talones se lo puso en el cuello a su propietario en el momento en que se echaba sobre el alférez para detenerlo. Así se quedaron unos instantes; el menudo con la respiración entre cortada y la navaja pinchándole la yugular y el gigante un par de pasos más atrás, con su cara de pez barbudo, sin moverse.

-Tranquilo, alférez -logró mascullar el canijo lamiéndose los labios-. No hace falta que nos pongamos agresivos. Sólo... sólo discutíamos por unas copas. No vamos a terminar esto con muertos por en medio, ¿verdad? Somos todos del mismo bando.

José no contestaba. También él tenía la respiración entrecortada y parecía perdido en algún pensamiento lejano.

-Si es por dinero. . ., nosotros tenemos dinero, ¿verdad Heradio?

El barbudo asintió con la cabeza y comenzó a sacarse billetes y monedas del bolsillo.

-Sí, aquí..., para que el alférez pueda...

José miró el dinero, apartó la navaja y la cerró. Ante el asombro de los oficiales se la lanzó al menudo que la atrapó y se la quedó mirando, sin entender, como si nunca hubiese tenido en sus manos un arma semejante. Entonces el oficial comenzó a caminar en dirección a la parte viva del pueblo, cojeando ligeramente de la pierna izquierda. Pasó junto al barbudo que le tendió unos billetes que no cogió y siguió avanzando.

-¿No me guardas rencor? -preguntó el menudo.

José se detuvo, se volvió y abrió la boca para decir algo, pero cambió de opinión y sin mediar palabra reemprendió el camino.

-¡Perfecto! -gritó el menudo-. ¡Olvidaremos lo ocurrido!

Pero el alférez no escuchaba. No podía faltar mucho para que pasara el tren de las cinco menos diez.

Llegó justo a tiempo para ver aparecer la locomotora. El oficial observó parado junto a la vía cómo la maquinista se asomaba a la ventana, con su pelo negro, corto, batiéndole en la mejilla, la gorra ladeada a la izquierda y los ojos verdes taladrando lo más hondo de su ser.

Aquella vez, al pasar a su lado, la semidiosa enfundada en sus pantalones de peto, inclinó el cuerpo fuera de la ventanilla y siguió con la mirada al oficial hasta que la distancia los convirtió en dos puntos invisibles. E incluso podría decirse sin ánimo de equivocarse, que en los labios de la mujer bailaba una sonrisa que no se terminaba de formar, que dudaba sobre si aparecer o no. José sonrió, y aún cojeando y con la mano apoyada en las costillas maltrechas regresó al burdel.

¡ Beatriz estaba sentada junto a la .mesa de la cocina, con el delantal atado a la cintura y con un libro en la mano. Alzó la vista para mirar un instante a José y volvió a internarla entre las líneas ; .

-Tu capitán se fue hace un rato. Te estuvo buscando -pasó una página-. Ha dicho que estaría donde Carmen, que lo busques allí.

El oficial observó unos instantes a la prostituta embebida en las páginas de su novela.

-¿ y ese libro? -preguntó por fin.

Beatriz alzó la vista.

-El árbol de la ciencia, de Pío Baraja. Me lo ha regalado tu capitán. Ahora que te vas, vaya tener mucho tiempo para leer.

Los ojos de Beatriz regresaron al libro, y el silencio a la cocina. Aquello parecía una partida del escondite inglés. Hablaban, se movían durante unos segundos y luego quedaba todo inmóvil a la espera de reanudar el juego y el movimiento. La meta tal vez fuera la puerta del salón. Después de otro silencio de rigor José cruzó la cocina en tres zancadas que disimularon su cojera y se detuvo en el umbral. Se volvió hacia Beatriz.

-¿Y. .. te está gustando?

Una vez más la prostituta levantó la vista de las páginas y con aquella mirada suya que estudiaba más que observar contestó:

-Pareces sorprendido.

José no lo negó.

-Es un libro difícil.

La prostituta le dedicó una sonrisa.

-Anda, vete a por tus cosas antes de que logres ofenderme el último día.

José le devolvió la sonrisa, abierta y sincera aunque cargada con cierto tinte de vergüenza, y continuó su camino hacia el salón. Beatriz lo siguió con la vista. Lo detuvo antes de que abandonara la cocina.

-José, ¿estás bien?

- El asintió y salió de allí.

Subió una vez más los escalones de aquella casa, como si cada pierna le pesara un muerto y el camino fuera largo. No tenía nada que coger. Sólo el fusil, que estaba abajo, en la salita. Pero aun así entró en el dormitorio de Alba.

La prostituta más joven estaba sentada con las piernas cruzadas sobre la cama, cepillándose sus tirabuzones con la mirada clara perdida en la vía del tren. José se acercó a ella.

-¿Qué haces? -le preguntó.

La prostituta tardó en contestar, y cuando lo hizo lo hizo sin mirarlo.

-Te vas -dijo ella.

-Sí, me voy.

Hubo un silencio. Alba continuó cepillándose el pelo.

El oficial seleccionó las siguientes palabras con cuidado.

-¿Es que quieres que me quede?

-No. No me importa lo que hagas -el tono de voz de Alba estaba cargado de indiferencia. Alzó su mirada azul, apagada, hasta José-. Tú no significas nada para mí. Me salvaste y quise recompensarte -devolvió la vista a la vía del tren-. Eso es todo. Eso es todo.. . -hubo una pausa-.

Sin embargo...

El oficial esperó.

-.. .debiste decírnoslo.

-Sabíais que me iría, que no iba a quedarme aquí.

Alba dejó escapar una sonrisa de desencanto, irónica, como todo allí.

-"Sabíais que me iría". Buena respuesta. Después de todo lo que hemos hecho por ti no merecemos siquiera que nos anuncies que te vas porque "sabíamos que tarde o temprano te irías".

-Ya te he preguntado si quieres que me quede...

-.. . y ya te he dicho que no -la respuesta fue tajante.

José asintió con la cabeza.

-Te... os mandaré dinero. Para pagaros.

La mandíbula de Alba se apretó, pero su mirada siguió en cada una de las traviesas de madera de la vía.

-No tienes que pagar nada. Vete.

José bajó de nuevo las escaleras y cogió su fusil sin munición, que estaba apoyado en la esquina de la salita, exactamente donde lo dejó el primer día, hacía ya varias semanas. Entró en la cocina. Beatriz seguía leyendo, con el libro reposado sobre su delantal. Alzó la vista y al ver al oficial listo para marcharse dejó la novela sobre la mesa y se puso en pie.

-¿Necesitas algo más?

José negó con la cabeza.

-Entonces, adiós -dijo ella tendiéndole la mano.

El se la estrechó.

-Adiós, Beatriz.

El oficial avanzó hacia la puerta y se detuvo allí.

-Beatriz...

La mirada de la mujer le indicó que le escuchaba.

¿te casarías conmigo?

La prostituta quedó en silencio unos instantes.

-Tendría que cambiarme de ropa -dijo.

Y José sonrió.

El capitán Gutiérrez accedió a hacer de testigo y le regaló una camisa suya para que se casara mejor uniformado.

-Daré parte de que te has casado y de que estás destinado aquí, para estar más cerca de tu esposa.

José le dio las gracias. Por todo, incluido el orujo al que le había invitado y que Carmen había servido. La mujerona también iba a ser testigo.

-Me alegro de que te quedes. Nos veremos por aquí más a menudo.

El capitán inició un comentario de alabanza hacia Beatriz pero José lo interrumpió.

-Si todo está resuelto, nos veremos mañana a las diez en los juzgados -dijo.

-Sí, a las diez, porque yo tengo que marcharme.

Se despidieron y José regresó paseando por la zona muerta. Llegó al burdel y sin esperar al tren de las dos y cinco de la mañana entró en el salón y se acostó en el sofá.

Aunque no tenían mucha tarea en los juzgados, el juez tardó en personarse allí. José hizo las presentaciones entre Carmen y Beatriz y la prostituta les presentó al tercer testigo, un viejo cliente que desde que se había casado había dejado de frecuentar el burdel. Alba no asistió a la ceremonia.

Por fin llegó el juez, un funcionario entrado en años y con aire de estar ya harto de todo.

-Y bien -dijo-. Ustedes son...

-. .. José Fresneda y doña Beatriz... -el oficial se quedó en silencio.

-. .. Estévez -apuntó la prostituta con decisión-.

Beatriz Estévez.

El juez les lanzó una mirada de desconfianza. Conocía la profesión de la mujer y se mostraba reticente a casar los. Pero la presencia del capitán Gutiérrez y la mirada dura y resuelta de Beatriz no le permitieron manifestar sus dudas al respecto. A las once y diecisiete minutos Beatriz y José ya estaban casados.

La prostituta los invitó a su casa a que tomaran un aperitivo, pero el capitán tenía prisa y Carmen quería acompañarlo para no tener que regresar sola por aquellas calles. Únicamente el tercer testigo accedió a tomarse una cerveza y acto seguido desapareció con la excusa de que a su mujer no le hacía mucha ilusión la idea de que estuviera por allí. Beatriz guardó los papeles en una cajita en el armario del dormitorio y los dos comieron solos sin apenas mediar palabra. Tan sólo algún: "Así que te apellidas Estévez". "No tenías

porque saberlo. No utilizo jamás mi apellido. Has estado bien. El juez no se atrevió a abrir la boca." La mujer se encogió de hombros. "Ya no importa. Soy la señora de Fresneda y no se hable más."

Terminaron de comer y José sugirió que le subieran un poco de cordero a Alba.

-No te preocupes por ella, ya bajará.

-No, si no estoy preocupado -contestó José, pero su mirada se mantuvo perdida.

Antes de que Beatriz hubiera terminado de fregar los cacharros bajo la mirada pendiente del alférez, ya se había corrido la voz por el pueblo de que el oficial y la puta se habían casado. Y antes de que el tren de las cinco menos diez hiciera su aparición en aquel desierto, una pareja de hombres se había acercado al burdel, con la idea de disfrutar de la primera prostituta casada y de ver la cara del soldado cornudo.

Cuando Beatriz los vio, toda su decisión se vino abajo. Le dio una voz a su hermana para que bajara pero el más alto de los dos, dejó bien sentado que habían venido por ella.

-¿Hay que hablar contigo o pedirle permiso a tu marido?

Beatriz sostuvo la puerta con un gesto que expresaba toda su duda sobre si cerrársela en las narices blandiendo su orgullo de puta, o dejarles pasar pisoteando su honor. La llegada de tres hombres más le ayudó a decidir.

-Venimos a ver a la señorita recién casada.

-Cabrones -murmuró Beatriz apretando los dientes. Pero abrió la puerta-. Tendréis que esperar, y bastante.

-No hay prisa -repuso el que había hablado primero.

Beatriz señaló a uno al azar y le indicó que subiera al piso de arriba.

-El dormitorio de la derecha.

Entonces regresó a la cocina, con el paso lento y la mirada en el suelo. José la observó.

-Son muchos. Es mucho dinero -explicó Beatriz sin alzar la vista.

-No necesitas darme explicaciones.

La mujer poco a poco levantó la mirada hasta encontrarse con los ojos del oficial.

-Gracias.

Y subió al piso de arriba.

Las dos hermanas estuvieron ocupadas toda la tarde y buena parte de la noche. Algunos accedieron a acostarse con Alba ante la perspectiva de una larga espera, y ante los " hermosos ojos claros, los pechos generosos y los muslos jóvenes de la hermana menor. José no esperó a ver cuántos venían. Maldiciendo su noche de bodas, salió a la calle y se internó entre las ruinas y los muertos, buscando la casa de Carmen. La mujer lo recibió con sorpresa.

-¿Se puede saber qué haces aquí?

-Mi mujer es prostituta, y hoy no está de vacaciones- había un tinte anárquico en su voz.

Carmen se cruzó de brazos y le observó.

-Anda, te invito a una borrachera. De algún modo hay que celebrar tu matrimonio.

José bebió, y bebió bastante. A altas horas de la madrugada aún seguía sentado junto a la mujerona, contándole cómo había ido a parar allí, hablándole de su relación con Alba y preguntándole qué sabía de la maquinista de los ojos verdes. Pero era la primera vez que Carmen oía hablar de ella.



-Sabía que no querías regresar a tu casa, pero no sabía que estabas dispuesto a casarte para no hacerla, y tampoco sabía que la causa de que quisieras quedarte aquí era una misteriosa mujer a la que sólo ves pasar dos veces al día.

-Yo no te he dicho que me haya casado con Beatriz por ella.

-Es cierto -contestó la tabernera-. No me lo has dicho. Sólo me has preguntado que si sé quién es, y me has contado que la ves pasar todos los días, que la esperas, que te levantas de la cama en la que dormías con tu... ¿cuñada? y que vas a verla. Pero no me has dicho que te hayas casado con Beatriz por seguirla viendo, es cierto.

Se habían quedado solos. Se acercaba el amanecer.

-Será mejor que vuelvas a tu casa. Mi taberna no es el mejor lugar para pasar la noche de bodas. No sin tu mujer o cualquier otra.

José regresó deprisa, empujó la puerta de la cocina del burdel y suspiró al ver que no quedaba nadie en el salón. Se sentó en el sillón con la cara entre las manos y después de unos segundos en aquella postura, subió los pies y se tumbó. Acto seguido volvió a incorporarse. Y entonces, muy despacio, se puso en pie, subió las escaleras y llegó al piso de arriba. Empujó con suavidad la puerta del dormitorio de Beatriz y entró. La mujer estaba dormida, en el lado derecho de la cama y con el rostro vuelto hacia la ventana. Su respiración, acompasada, levantaba ligeramente la sábana para que luego volviera a hundirse sobre sus costillas. José se desabrochó la camisa en silencio, y se quitó las botas y los calcetines. Y se metió en la cama, con mucho cuidado. Los muelles chirriaron un poco bajo su peso, pero luego todo quedó mudo. Y José se quedó allí, quieto, despierto, con los ojos clavados en el techo de la

habitación, mientras la prostituta respiraba con suavidad a su lado.

Cuando se despertó era tarde. Miró a su alrededor para ver que la prostituta no estaba, se puso la camisa y bajó a la cocina. Beatriz hacía mermelada, y su olor impregnaba la pequeña habitación. Se dieron los buenos días y ambos se miraron sin decidirse a besarse. La mujer se giró después de unos segundos y partió una rebanada de pan.

-Siéntate. Te haré una tostada.

La puso a tostarse sobre la cocina de leña y después la untó de aquella pasta oscura que hervía en la cazuela. José le dio las gracias.

-Estaba pensando que podíamos cambiar la colcha de la cama, comprar una nueva. Tampoco andamos tan mal de dinero.,

- El asintió mudo. En aquel instante entró Alba. La prostituta más joven no contestó al saludo del oficial. Caminó hasta la cocina de leña, se hizo con una tostada y ella misma se untó mermelada de la cazuela.

-Buenos días, Alba -le dijo su hermana-. Ayer fue un día duro. Ponte más si quieres.

-No hace falta, gracias.

Se sentó frente a José y evitó sus ojos durante unos minutos. Después, cansada de mirar a todas partes menos al frente, se puso en pie y salió con la tostada hacia el salón.

-Se le pasará -apuntó Beatriz.

-Eso espero.

A lo largo del día el trato con Alba no aumentó. Ella no se dignó ni a hablarle ni a mirarlo en la comida, y a su hermana le respondía con monosílabos. En sus ojos brillaba una ira

irreprimible y sus labios se mantenían apretados con un sello de rabia. Por la tarde José salió en dirección a la entrada del pueblo, y paseó descargando la tensión del ambiente. Cuando pasó el tren aquel día, la maquinista se asomó y le siguió con una sonrisa. En sus ojos podía leerse la sorpresa de quien se encuentra a alguien que no esperaba volver a ver.

Cuando a eso de las siete Beatriz había terminado sus tareas y no había llegado ningún cliente, se sentó en la cocina frente a José, ambos en silencio. Se mantuvieron de ese modo unos instantes hasta que él preguntó:

-¿Has terminado?

Ella asintió.

-Podríamos acercarnos a tomar algo a casa de Carmen, ahora o después de cenar. ¿Te acuerdas de ella?

Una neblina de temor apareció en el semblante de Beatriz.

-Sí, claro. Fue testigo ayer.

-Tiene una casa en...

-lo sé. En la zona muerta.

-¿Te preocupa ir por allí?

-No me gusta.

La niebla persistía en su lugar. José tanteó el terreno.

-Pero me acompañarás.

No era una afirmación, ni una pregunta. Algo intermedio tal vez. Algo que sin ser pregunta esperaba claramente una respuesta. Y la respuesta fue que Beatriz bajó la vista, y murmuró de un modo apenas perceptible un "supongo".

Después de la cena Beatriz fregó los cacharros, barrió la cocina, hizo una lista con las cosas que tendría que comprar al

día siguiente, aireó el dormitorio... José la ayudó lo poco que ella quiso permitirle y observó con paciencia cómo la mujer hacía tiempo hasta, que se hizo evidente que no había más que hacer y que ningún cliente pensaba aparecer por allí.

-Le diré a Alba que nos vamos -dijo él.

-Ya lo haré yo.

Beatriz regresó al poco con un chal en la mano, que José le ayudó a colocarse sobre los hombros. Entonces, agarrados del brazo, abandonaron la casa y comenzaron a caminar en silencio hacia la zona devastada.

José se había acostumbrado en seguida a caminar por allí. Su mirada ya no se dirigía con recelo a los restos y a los escombros como si quisiera encontrar algo, sino que se mantenía tranquila en el camino. Sin embargo los ojos de Beatriz se posaban nerviosos en cada esquina, en cada piedra, y se apretaba a José como si hiciera más frío del que realmente hacía. El oficial, no seguía el camino de las otras tres veces, sino que tomaba las calles menos arrasadas, evitando especialmente aquéllas en las que podía verse entre los escombros algún miembro de un ser vivo.

El viento susurraba canciones de noche, y se metía entre las rendijas y despertaba silbidos de resquicios y crujidos de madera muerta. Se oyó el aullido de un perro a la luna casi nueva, un mero gajito blanco, y Beatriz se sobrecogió en un escalofrío.

-José... -murmuró.

-No te preocupes. No pasa nada.

Las pupilas de la mujer estaban dilatadas y sus ojos tan abiertos que parecía se saldrían de sus órbitas. El viento le empujó el vestido contra las piernas, y ella se apretó aún más a su esposo.

De pronto, a la izquierda de la pareja, junto a la prostituta, se movió algo, y el sonido asustó aún más a la mujer que se soltó del brazo de José y se apartó corriendo de allí, para refugiarse tras una esquina. El oficial buscó entre las ruinas hasta que encontró al causante de aquel ruido.

-Beatriz, vuelve aquí. Mira. Sólo es una rata.

Pero Beatriz, temblorosa, sólo acertaba a negar con la cabeza y a recular, tapándose con las dos manos la boca, en un gesto de terror.

José avanzó hacia ella, que seguía caminando de espaldas, apartándose instintivamente del lugar donde había estado la rata.

-Vamos, Beatriz -decía él-. Te prometo que no hay nada.

Pero a medida que él se acercaba, ella se alejaba y se internaba cada vez más en una calleja de las que él había evitado. José dio dos zancadas más grandes y llegó hasta su esposa. La cogió de la muñeca y tiró de ella, pero no llegó a tiempo para evitar que la mujer se diera de espaldas con un cuerpo blando, que cedió a su contacto. Ella se volvió y se encontró de frente con un brazo descarnado, que salía por una ventana cegada de lo que en otro tiempo fue una casa.

Beatriz no ahogó el grito, sino que lo dejó escapar de su garganta limpio, cristalino, rompiendo la canción de susurros de la noche. Trató de correr pero se encontró sujeta por José. Con los ojos llenos de lágrimas golpeó la mano que la asía hasta que consiguió liberarse y salir corriendo. El la siguió unos metros pero ella corría muy deprisa, movida por el espanto, y no reaccionaba a la llamada del oficial. Entonces José se detuvo y la observó desaparecer por la calle que desembocaba en el burdel. Se quedó allí parado unos instantes, con la vista clavada en la calle vacía, y después se giró en seco y le dio un puñetazo

a un armazón de madera que se terminó de derrumbar. A continuación se metió las manos en los bolsillos y caminó a paso rápido hacia la casa de Carmen. Al verlo, la mujerona dejó las dos jarras vacías sobre la barra y se acercó a él, al tiempo que se secaba las manos en el mandil.

-¿Y bien?

-Sólo tomaré un vaso de agua, si no le importa. No... no tengo dinero.

Carmen le observó con los brazos en jarras. El oficial tenía la mandíbula apretada y un extraño rictus de rabia o tal vez de dolor en los labios. Ella abrió la boca para decir algo, pero lo pensó mejor, la volvió a cerrar negando con la cabeza y se volvió hacia la barra

La casa estaba más llena de lo que José hubiera podido verla antes. En una mesa circular, cinco hombres jugaban a las cartas. Había algunos mirones a su alrededor. Carmen regresó con el vaso de agua y lo clavó de un golpe sobre la mesa. ,

-Toma. Y no te atragantes.

El oficial lo agarró, dio un sorbo suave. Uno de los jugadores lanzó una maldición. José se acercó a ellos con el vaso en la mano, y se colocó de pie, entre los mirones. Estuvo observando todo el tiempo que le duró el vaso de agua, que no , poco. Bebía despacio, como si fuera un whisky solo. En aquel tiempo uno de los jugadores perdió toda su pequeña fortuna y se levantó malhumorado. La casa comenzaba a vaciarse y tener el número de clientes habitual a medida que los demás se iban a acostar.

Carmen se acercó a José, con otro vaso lleno en la mano.

-¿Sabes jugar? -preguntó, señalando con el mentón la "" mesa de cartas.

-Conozco las reglas.

Carmen asintió.

-Ven -le dijo y acompañó sus palabras con un gesto de la cabeza.

José obedeció, y la siguió a la barra. Allí la mujer sacó unos billetes de un cacharro de cerámica y se los tendió.

-Para que eches unas manitas.

-No... no puedo cogerlos.

-No te los estoy regalando. Siguen siendo míos. Ve y juega.

El oficial miró al suelo, luego alzó su mirada fría y testaruda.

-Si usted me prestara dinero, jamás me lo jugaría. Es la forma más rápida de perderlo.

Carmen no movió la mano que tendía los billetes.

-Entonces, piensa que no te los estoy prestando. Sólo quiero que te los juegues por mí, como si te dijera que los apostarás a un número de la ruleta, ¿entiendes? Juégatelos y si los pierdes, los he perdido yo. No soporto el verte ahí. Haz el favor de entretenerme un poco.

Al decir esto, ella abrió la mano y dejó caer el dinero sobre la barra. Acto seguido se giró y desapareció por la puertecita de detrás de la barra.

José tardó un rato en reaccionar. Después lo cogió y tras pedir permiso a los jugadores ocupó el sitio que el otro hombre había dejado vacío

Aquella noche José sólo perdió dos manos. Jugaba despacio, apostando poco dinero cada vez, con el temor propio de quien se juega algo que no es suyo. A ratos Carmen pasaba a su lado, y al ver cómo incrementaban sus ganancias sonreía, y decía con su vozarrón

-¿Alguien quiere otra cerveza? ¿Un vinito?

Cuando sólo quedaban tres hombres y el más delgado tenía sus ahorros mermados a una cuarta parte de lo que fueron, se dirigió a José y le dijo con voz quebrada:

-Gana usted mucho.

-Una noche de suerte.

-Yo... preferiría no regresar esta noche con las manos vacías. Y como está usted en racha... ¿Me permitirían retirarme?

-Por mí está bien -contestó José mientras barajaba.

El otro hombre, grueso y medio calvo, que fumaba mucho y miraba a través de unas lentes con el ceño fruncido, inclinó la cabeza. José terminaba de barajar cuando el delgado se marchó. Repartió.

-No es usted ambicioso -apuntó el grueso.

-Otra noche no tendré tanta suerte, y agradecería la misma conducta si me hallara en su situación -contestó el oficial.

-Lo suyo no es suerte. Nos ha estado analizando mientras jugábamos antes, y ha ganado manos que no le tocaría ganar.

José se mantuvo en silencio. ."

-Mañana vienen unos amigos que juegan mucho.

Estará más animado que hoy jugando usted y yo solos. Si no Le importara dejarlo por esta noche...

José soltó la baraja y se puso en pie.

-En absoluto. Guarde su dinero para esos amigos.

El hombre grueso también se levantó.

-No-dijo alargando mucho la "o"- Me ha entendido Mañana volveré a poner este dinero sobre la mesa, y usted podrá volverlo a ganar. Porque, nos acompañará mañana, verdad? "



El soldado dudó. Por fin murmuró:

-No puedo asegurárselo.

-Entonces, si quiere, terminamos la partida.

-Déjelo. También para mí se hace tarde.

José recogió el dinero y lo llevó a la barra. Carmen lo cogió y lo guardó en el cacharro de antes.

-¿Te vas ya?

-Sí.

-Hasta mañana.

-Adiós.

Y cuando el oficial caminaba hacia la puerta, la mujer dirigió un vistazo al cacharro del dinero y murmuró para sus adentros:

-Siempre tengo razón.

José entró en el burdel más de tres horas después de paso del tren de las dos, cuando se adivinaba el despuntar de alba pero aún era de noche, y noche oscura. Subió a dormitorio de Beatriz sin que le tuviera que preocupar la idea de encontrar a nadie acompañándola a esas horas. Empujó la puerta con suavidad y sin hacer ruido se desvistió hasta quedarse en calzones y se metió en la cama. No tardó más que unos segundos en quedarse dormido.

Se despertó tarde, más aún que el día anterior, y se vistió deprisa. Cuando bajó a la cocina no estaba Beatriz, sólo Alba José le dio los buenos días y le preguntó por su hermana. La respuesta de la prostituta fue abandonar la habitación sin despegar los labios.

El oficial se sentó ante la mesa, y cogió el libro de Baraja que vio en manos de su esposa el día antes de la boda. Empezó a leer, y no llevaba cuatro páginas cuando ésta apareció.

-¡Ah! Ya te has levantado. Buenos días.

Ambos se miraron analizándose, observándose, como solían hacer antes de decir nada.

-Buenos días. Perdóname. Ayer llegué tarde y...

-No importa.

El peso de lo que había ocurrido la noche anterior flotaba en la cocina, en las inflexiones que realizaban al pronunciar cada palabra, en sus miradas.

Ella llevó una mano a la cesta en que traía la compra.

-Te he comprado unos pantalones-ruja-, para que te puedas cambiar y no tengas que vestir siempre ese uniforme. y algunos pares de calzones.

-No tenías que hacerla.

-Mientras haya dinero no vamos a pasar hambre y vestir como mendigos.

La mirada de él se ensombreció. ,;

-Vamos -dijo ella-. Pruébatelos. Me temo que tendré que metértelos un poco por la cintura. Pero si no, no te iban a dar de pierna. Eres muy alto.

-Beatriz, no tienes que hacerla.

Ella le clavó sus ojos insondables.

-Eso déjame que lo juzgue yo.

A las cinco menos diez José observó pasar el tren. La maquinista se asomó a saludarlo con su mirada verde, cargada de cierto tinte de reproche alegre, como si hubiera pensado que se había ido o que ya no iba a volver a estar allí. "Me alegro verte", le decía. "Me alegro de que estés siempre ahí".

Aquella noche José tampoco vio pasar el tren, también llegó tarde. Se quedó en el burdel hasta las once y cuarto, pero cuando llegó el tercer cliente de Beatriz y su esposa seguía ocupada con el segundo, el oficial se marchó a casa de Carmen.

El hombre grueso de la noche anterior no había mentido. Estaba allí con cuatro amigos. José en lugar de sentarse directamente con ellos lo hizo en una mesa apartada, hasta que Carmen se le acercó.

-¿No vas a jugar hoy? -preguntó tendiéndole la cantidad exacta de dinero que él había ganado la noche anterior-. Le he descontado lo que puse yo. Vamos.

Los amigos del hombre grueso eran buenos jugadores todos y llegó el amanecer antes de que José les ganara. Pero lo hizo y aunque, por el contrario, no todos eran buenos perdedores, tanto los que lo eran como los que no, prometieron volver en otra ocasión para recuperar lo suyo. José se encontró sentado solo ante la mesa de juego. Ojeras profundas le surcaban la cara y tenía bolsas bajo los párpados, pero también tenía un buen montón de billetes delante. Carmen se apresuró hasta donde estaba él y comenzó a recoger el dinero con ademanes rápidos. También a ella se la veía cansada.

-El martes vendrá por aquí un sargento al que también le gustan las cartas. Suele organizar partidas.

-No siempre gano, Carmen.

-Nadie lo hace.

Dejó unos billetes sobre la mesa.

-Para que le compres algo a tu mujer, o a tu cuñada, o a la mujer del tren y los ojos verdes por la que no te has ido de aquí. El resto te lo guardo yo para el martes que viene.

-Las cartas siempre tienen también algo que decir.

-Lo sé, pero yo he visto cómo les llevas la contraria. Algunos días perderás, pero no te dejaré que pierdas mucho.

Carmen se dirigió a la barra y guardó las ganancias de José en el cacharro de cristal.

-Vamos, márchate ya -le dijo alzando la voz.

Amanecía y Beatriz, aunque acostada, ya estaba despierta cuando él llegó. Con la mirada perdida a través del cristal de la ventana escuchó el sonido de sus botas en la escalera, después el graznido apenas audible de los goznes de la puerta. De nuevo sus pasos hasta la cama. Cerró los ojos, hasta que él se quitó las botas, los pantalones, la camisa. La cama cedió un poco cuando él se metió dentro. Beatriz esperó, de espaldas al oficial, con los ojos cerrados. En seguida la respiración de José se hizo más profunda y ella abrió los ojos y se volvió hacia él. Se quedó observándolo un rato. Dormía boca arriba, con los labios entreabiertos y las manos apoyadas sobre la manta. La prostituta se acarició los labios con los dedos índice y medio de la mano derecha y luego los estiró hacia la mejilla de él, pero ; no llegó a rozarla. Antes de posar el beso que llevaban impregnados retiró la mano y volvió a girarse hacia la ventana. Pronto también ella estaba dormida.

José se levantó aún más tarde que el día anterior. Se cruzó con Alba en la sala de estar y le dio unos inútiles buenos días. Ya hacía tres días que la hermana menor no le hablaba. Ya habían pasado tres noches desde su boda.

-No te preguntaré qué quieres desayunar porque casi está la comida -dijo Beatriz al verlo entrar en la cocina.

-Perdona, llegué tarde anoche.

José abrió el armario de los platos y comenzó a poner la mesa.

-Te iba a comprar un pijama, pero se me ha ido el tiempo esta mañana.

-Un pijama -repitió José, mientras colocaba los tres vasos.

-Se me ocurrió ayer que tal vez quisieras uno.

-Me parece bien. Pero no hace falta que vayas tú. Ya iré yo esta tarde. ¿Quieres que compre algo?

-Si vas a ir de todas formas... Te haré una lista.

Revolvió las lentejas con la cuchara.

José cogió una libreta a la que apenas le quedaban hojas.

-¿Dónde hay un lápiz?

Ella señaló la repisa con el cucharón. José lo cogió y se sentó en la silla que no tenía plato delante.

-Dime qué hace falta.

Beatriz resopló.

-De todo. Huevos, harina, aceite, sal..., de eso hace falta de todo, pero será mejor que te acompañe.

-Podré solo -apuntó: huevos, harina, aceite, sal.

Pijama-. ¿Qué más?

-Algo de fruta, lo más barato. Manzanas; melocotones... lo que haya. Y hacen falta patatas. No nos vendrían mal puerros que se acaban de acabar, cebolla..., alguna legumbre... Si encontraras algo de carne barata...

Ella se acercó a mirar la lista.

-Olvídalo. No tenemos dinero para comprar todo eso,

-Quitaré el pijama.

-No, ya iré yo mañana y compraré sólo lo que vea más barato.

-¿Te has terminado ya la novela?

La pregunta pilló desprevenida a Beatriz.

-¿Cómo dices?

-Que si te has terminado ya la novela.

-No he tenido tiempo. Aún no te he metido los pantalones.

-Quédate aquí esta tarde. Iré yo a comprar. Cuando se acabe el dinero, se acabó. ¿Vale?

Alba entró en la cocina y los miró un instante. Después se sentó a la mesa y se arrimó sin abrir la boca. Aquel gesto finalizó la conversación entre los esposos.

José no pudo traer toda la compra solo. Tuvo que ayudarle Benjamín, al que dio una propina. Descargaron todo sobre la mesa. Patatas, cebollas, harina, huevos, sal, aceite, puerros, manzanas, leche, guisantes, unas rosquillas y un delantal nuevo. También había traído café y un costillar de cabrito.

Beatriz observó con los brazos en jarras la montaña que se había formado. Después clavó la mirada en su marido.

-No me ha quedado suficiente para el pijama- explicó él, y salió otra vez a la calle, porque iba a pasar el tren.

La locomotora lo descubrió con una extraña sonrisa en los labios, una sonrisa de satisfacción y de cosas bien hechas. Y José saludó con las cejas a la maquinista. Y ella también sonrió, con esa boca suya demasiado hermosa incluso cuando estaba seria. y los latidos del pecho de él se ahogaron con el traqueteo de las ruedas en los carriles.

Beatriz no preguntó de dónde había salido el dinero para el costillar, que guisó para comer al día siguiente. Tampoco hizo preguntas sobre el origen del dinero con el que José fue comprando libros, instrumentos de cocina, algún mueble, algo de ropa y, por lo general, comida. Era como si la profesión de la mujer le impidiera acercarse al tema de cómo se ganaban la vida los demás. Sin embargo ella lo fue aceptando como algo

natural. Al principio le daba dinero a José para que fuera él solo. Más tarde se atrevió a acompañarle, y entonces, cuando ella iba sumando precios para ver qué podía comprar, José le decía:

-Coge eso también, si quieres. Me sobró dinero el otro día.

Y la mujer obedecía sin rechistar.

José había experimentado un cambio también en sus costumbres. Acudía a casa de Carmen todas las noches, aunque sólo se quedaba hasta tarde aquellas en que había partida. Y todas las noches que jugaba, unas más y otras menos, ganaba algo. Había rivales que se lo tomaban bien y otros no tanto. Los que tenían mal perder una de dos, o prometían volver para lograr la revancha, o se marchaban a patadas de la casa, porque intentaban ponerle un dedo encima al que se había vuelto el protegido de Carmen. Y siempre, al terminar la partida, la mujerona recogía todo el dinero y le daba una porción pequeña a José para que se lo gastara. Nunca hablaron del asunto el soldado y ella, pero Carmen no dejó de darle una parte ningún día. Tal vez porque desde que el oficial llevaba comida al burdel, había comenzado a sonreír más a menudo y se había disipado ligeramente la niebla de sus ojos negros. A veces, Carmen le daba también camisas y demás ropa que se dejaban oficiales, camisas que José se negaba siempre a aceptar en un principio y que terminaba cogiendo tras insistirle inútilmente a la mujer que se las cobrara. Y así había crecido entre ellos un vínculo extraño. Los días que no había partida, la mujer se solía sentar a ¡-atas a charlar con él, y hablaban (hablaba ella y él no la contradecía) de Beatriz, y de Alba y de la mujer del tren, la preciosa mujer del tren por la que –decía Carmen- José había renunciado a marcharse de allí y a la que

el joven visitaba todas las tardes y también las noches que se marchaba antes por no haber partida.

Como consecuencia de todo ello el aspecto de José había cambiado. Aunque nunca tuvo la piel muy morena, sus hábitos nocturnos la habían hecho palidecer mucho más, y unas bolsas oscuras se habían ido formando bajo sus párpados. No estaba más delgado que en otra época, pero lo parecía, igual que parecía que se le habían alargado los dedos de las manos de repartir cartas. Siempre que llegaba alguien nuevo a la casa, se fijaba en él, normalmente sentado solo, observando cómo Carmen trabajaba y esperando a que se dirigiera a él, o sentado en la mesa redonda jugando a las cartas sin apenas despegar los labios. Pero con el tiempo había ido haciendo amigos. Algunos soldados fijos, o que pasaban por allí de cuando en cuando, o los que se iban a quedar unos días, todos ellos oficiales que respetaban su silencio y agradecían su compañía. Entonces a José no le importaba rodearse de ellos y los escuchaba con atención aunque rara vez intervenía en los debates. José era un mueble más allí; el mueble favorito de Carmen.

Pero todo esto ocurrió algo después, pasadas un par de semanas desde su matrimonio, cuando la conducta de Alba obligó al oficial a escapar del burdel antes y volver más tarde. Y es que, si parecía difícil convivir con la joven prostituta después de la boda, la situación se complicó mucho más después.

Durante cerca de dos semanas Alba aguantó estoicamente compostura. No le dirigía palabra a José, y cuando lo miraba era para descargar en él toda su altivez y su odio. José también mantuvo su actitud. En ningún momento dejó de darle sus inútiles buenos días, de dirigirse a ella para pedirle cualquier cosa, o de alabar algún peinado que ella se hubiera podido hacer. Cuando compraba ropa para las prostitutas, la compraba



para las dos, y la única diferencia que hacía entre las dos hermanas cuando iba solo a comprar, era el llevarle algún libro a su esposa si ésta se había terminado ya el que estaba leyendo.

La relación siguió así hasta una tarde en que, pasadas dos semanas desde su matrimonio, José estaba leyendo en la salita unas páginas de El buscón, de Quevedo, que le había regalado a Beatriz y que ésta se había terminado. Alba cruzó de la cocina a las escaleras, y al ver al oficial alzó la nariz en su habitual gesto de desgaire. Subió un par de escalones y se detuvo. Entonces se volvió despacio y observó a José embebido en el libro. Allí, en la salita, las luces del atardecer le dibujaban sombras anaranjadas en su frente y su mentón, y parecía una escultura griega algo alargada. El labio inferior de la cría tembló un instante y sus iris azules se agrisaron presagiando una tormenta. José pasó una página y siguió leyendo. Alba abandonó la escalera y su gesto de soberbia y caminó despacito, sin hacer ruido, hasta colocarse detrás del oficial. Entonces apoyó la manos sobre los hombros de él y se los apretó en un masaje. Él giró la cabeza. Y ella aprovechó para buscar sus labios en un beso.

José no tardó más que unos instantes en reaccionar. Cuando lo hizo, se puso en pie de un salto apartándose de ella. Entonces Alba frunció el ceño airada, volvió a alzar la barbilla en ese gesto suyo de ofendida y le dijo:

-No sabía que ahora mis besos te dieran calambre.

Y se marchó hacia las escaleras, que subió muy digna, moviendo las caderas anchas, llenas de mundo. José se quedó quieto en el lugar al que había saltado, con el libro de Quevedo en la mano y la mirada clavada en el lugar por el que había desaparecido la prostituta.

Desde aquel día las cosas se complicaron. Alba mantuvo su postura de desaire y continuó sin dirigirle la palabra la mayoría del tiempo, pero a ratos, aprovechando cualquier excusa o sin ella, se lanzaba por encima de José para coger tal pañuelo, o le colocaba sus pechos generosos a la altura de la cara, o sencillamente se mostraba todo lo sensual que podía, que no era poco. Si se cruzaban en el pasillo y estaban solos, la joven colocaba una mano en cada pared y con sonrisa de cría le impedía el paso, sin importar lo serio que se pusiera José, y cómo le pidiera que se quitara.

-Me quitaré si me das un beso -decía.

Por favor, Alba. Déjate de niñerías.

Pero no había manera. Alba seguía allí, hasta que José la empujaba a un lado del modo más caballeroso posible pero a la fuerza en cualquier caso, y entonces ella recuperaba su aire ofendido, y se marchaba con el mentón muy alto y los andares muy dignos.

Otras veces ella le esperaba fuera de la habitación y cuando él salía, ella le pasaba los brazos alrededor del cuello y le tendía los labios entreabiertos. Y en su mirada no había entonces el brillo de los ojos de la niña juguetona, sino un tinte de dolor, casi una súplica. Y José giraba la cabeza y sin mirarla le pedía que lo dejara tranquilo. Y entonces Alba lo soltaba, y en sus ojos brillaba todo un mar de tristeza.

Después de aquellas escenas el oficial salía a la calle y caminaba por el pueblo siguiendo la vía del tren. Allí esperaba a la sonrisa de la maquinista, que no era suficiente para que, al llegar a la casa de Carmen donde se dirigía siempre después de que ocurriera algo así, la mujerona no lo mirara de arriba abajo y le preguntara: "¿Qué ha pasado esta vez?", o negara con la cabeza murmurando: "¿Ya vuelves con la niebla en los ojos?"

Otro día, sentados a la mesa de la cocina, Alba se descalzó el pie derecho y buscó con él la entrepierna de José. . El oficial dio un salto en la silla ya punto estuvo de tirar el plato en el que Beatriz le estaba sirviendo potaje. La mujer le dirigió a su esposo una de aquellas miradas suyas que más que mirar estudiaban y a continuación la posó en su hermana pequeña. Un solo vistazo a la mirada traviesa que Alba clavaba en el plato fue suficiente para que la mayor dejara la cuchara dentro del perola, murmurase que iba a recogerse el pelo con algo para no meterlo en el potaje y saliera de la cocina. En cuanto la mujer salió por la puerta, José le dirigió una mirada furiosa a su cuñada,

-¡No vuelvas a hacer eso! -le ordenó al tiempo que se ponía en pie y seguía sirviendo él los platos,

La joven contestó ensanchando una sonrisa burlona.

En seguida llegó Beatriz, recogiendo con un atado su pelo demasiado corto para ello,

-No sabe el bruto ese que me rompió el pasador cómo me estoy acordando de él y de toda su familia.

Y cuando habló no miró ni un instante a los ojos a su marido ni a su hermana.

Pese a la orden de José, Alba prosiguió con sus ataques, y aunque generalmente lo hacía cuando estaban solos, alguna vez coincidió con que Beatriz entraba en el salón, o subía al piso de arriba, o volvía a la cocina, Entonces la mujer del pelo oscuro actuaba como si no hubiera visto u oído nada. Cogía cualquier cosa y volvía a marcharse deprisa sin que su rostro hermético revelara el más mínimo sentimiento. Tal vez sus ojos se apagaban ligeramente, Pero era difícil ver algo en ellos, porque a diferencia de los de Alba que se encendían y apagaban

como candiles, los de Beatriz permanecían impermeables al exterior.

Aun así, esa mínima reacción era suficiente para que José se desembarazara de Alba con brusquedad y saliera del burdel, y se pusiera a partir leña descargando el hacha sobre la madera como si le fuera la vida en ello, o se liara a martillazos con el clavo rebelde que había abandonado por la mañana, o, sencillamente, corriera a la entrada del pueblo y le diera una patada a una piedra, un puñetazo al primer árbol, o un puntapié a la vía del tren, a la espera de que la sonrisa de la maquinista llegara para calmar sus nervios.

Y pasaban los días, o más bien las noches, porque a medida que los incidentes con Alba se incrementaban, José pasaba menos tiempo en el burdel y más en casa de Carmen. Había noches incluso que después de visitar la ,ría del tren buscando la medicina de aquellos ojos verdes, José regresaba de nuevo donde la mujerona, y esperaba allí al amanecer. Sólo cuando el sol comenzaba a despuntar regresaba al burdel, se quitaba las botas junto a la escalera, para no hacer ruido, y subía en silencio. Entonces se quedaba mirando la puerta de Alba, y algunos días se atrevía a empujarla y mirar unos segundos cómo dormía la joven. Incluso alguna vez entró a taparla mejor, porque tenía casi toda la manta en el suelo. Y después entraba en su dormitorio y se acostaba tratando de no despertar a su mujer, sin fijarse en que casi todos los días ella estaba ya despierta. Y se dormía casi en el acto, para no volver a abrir los ojos hasta la hora de comer. Y a veces ni siquiera para eso.

Por la tarde tampoco aguantaba mucho allí. Acompañaba a Beatriz a comprar si hacía falta, o realizaba cualquier tarea que ella le encargara, y se quedaba haciéndole compañía hasta que llegaba algún cliente que se la arrebatara, o venía Alba a

importunarle. Entonces, dependiendo de la hora, se iba a ver el paso del tren o directamente a la casa de Carmen. Y los momentos que pasaba con su mujer cada vez eran más escasos. Seguía ayudándola en sus tareas: fregar los platos, limpiar la cocina.. ., pero normalmente lo hacía por la noche, cuando regresaba de las partidas de cartas o de charlar con la mujerona.

Una tarde que el oficial se estaba bañando en el balde que utilizaban para ello, entró Alba, cogió la esponja y rodeándolo por la espalda empezó a frotarle el pecho con ella. José sujetó a la prostituta por la muñeca.

-¡Basta ya, Alba! -le ordenó-. ¿Es que no te das cuenta del daño que le hacen a tu hermana tus tonterías?

-¿Ah, sí? -replicó la joven soltándose de un tirón-. ¿ y quién te crees que eres tú para saber lo que siente mi hermana?

-Soy su marido -contestó él-, aunque a ratos se te olvide.

Ella se había caído sentada al zafarse y permanecía en el suelo, con la esponja en la mano.

-Su marido -repitió Alba con desdén-. Para mi hermana eres su marido. Y dime, José; para mí ¿quién te crees que eres? ¿Qué has sido para, mí?

Los ojos le brillaban. El tardó en contestar. Alargó la mano hacia una toalla que había a la derecha del balde, con los ojos clavados en la mujer que permanecía inmóvil, sentada en el suelo con la esponja en la mano.

-Nada -dijo por fin-. Tú me dijiste que no soy nadie para ti.

Alba no contestó. Se puso en pie y lanzó la esponja dentro del balde. Se' secó las manos en el vestido. Después caminó hacia la puerta y la abrió, pero antes de salir se volvió

hacia José. Le temblaba el labio inferior, ese labio que conformaba su preciosa boca tan de mujer.

-Has cometido un error al casarte con mi hermana dijo en un hilo de voz.

Sus ojos tenían de pronto toda la serenidad y tristeza que no habían tenido ningún día. No quedaba en ellos ni el menor atisbo de la altivez infantil que los había caracterizado durante esas semanas.

-Tal vez -contestó él-. Pero eso tendremos que juzgarlo ella y yo.  
Y Alba salió.

Carmen vio entrar a José y se acercó a él.

- Llegas pronto. ¿ Vienes de ver a la chica del tren? José negó con la cabeza.

-Hoy no la he visto.

Carmen lo miró con gesto preocupado. Soltó las jarras de cerveza vacías que traía en las manos y regresó a su lado.

-¿Algún problema con tu mujer o con tu cuñada?

-No, todo está bien. Supongo.

Aquella noche, cuando regresó al burdel, José se detuvo unos instantes a contemplar a Alba dormida. La muchacha sonreía en sueños.

Al medio día, cuando José se despertó, se oían voces en el primer piso. Se vistió de prisa y bajó. En el salón, tronchada sobre el tresillo, estaba Alba. No hacía nada, tan sólo mirar por la ventana a la calle desierta y la vía del tren. No se movió al oír al oficial.

Las voces en la cocina se mantenían. Claramente se podían distinguir ahora la voz de Beatriz y la de un hombre. José se dirigió hacia allí. Efectivamente, había un hombre. Se

trataba de un cuarentón de poco pelo, que tenía los dientes incisivos separados y amarillentos. José se había cruzado con él alguna vez.

El hombre estaba sentado en una silla junto al horno y charlaba con Beatriz, que estaba de pie, apoyada en la pila de fregar con los brazos cruzados. Al ver al soldado el hombre se levantó.

-Bueno, señorita Estévez. Ya me marchó. Beatriz respondió con un gesto de la cabeza.

-Gracias por todo, don Horacio.

El hombre salió y cerró la puerta de la cocina tras de sí.

-Vaya -comentó José-. Señorita Estévez. Ese sabe más de ti que yo cuando nos casamos.

-Me ha ayudado a traer la compra.

-¿Has ido a comprar? Esta tarde podría haberte acompañado yo.

-No importa. Anda, siéntate. Vamos a comer.

Beatriz le dio una voz a su hermana. Alba tardó en aparecer. Venía con paso cansino y sus ojos azules estaban apagados, en toda la extensión que la palabra "apagados" podía tener en los ojos de Alba. Hasta sus rizos rubios parecían caer más lacios.

La muchacha no miró a José al entrar, ni a su hermana. No hubo miradas de reproche, ni de falsa dignidad, ni de ánimo ofendido. Nada. Sólo se sentó a la mesa y esperó a que le sirvieran algo de comer.

Cuando aquella tarde sonó el traqueteo del tren, sorprendió a José limpiando la botas en el burdel. El alférez echó un vistazo al reloj de la pared. Efectivamente eran las cinco menos veinte. La tarde había pasado sin que él se moviera de allí. No había hecho falta. Alba había estado ayudando a su hermana a hacer la colada y cuando terminó se

sentó en el tresillo en silencio. Pese a que José estaba sentado en las escaleras de la sala, ella no intentó importunarle. Ni siquiera le dirigió la palabra. Y el oficial no se vio forzado a marcharse; no hasta que se hizo de noche y consideró que la partida de cartas debía de estar a punto de empezar.

Fueron de nuevo las voces de la cocina lo primero que oyó el oficial al despertar al día siguiente. Don Horacio charlaba con Beatriz. Alba estaba tendida en el tresillo de la salita y no contestó al saludo de buenos días de José. Tampoco lo hizo Horacio. Al ver entrar al marido de la prostituta, se despidió de ella y se marchó.

Estaban terminando de comer cuando llamaron a la puerta del salón y Beatriz fue a abrir. Desde la cocina se podía oír a la prostituta hablar con un hombre.

-Traigo a mi hijo para... usted ya sabe. Es un poco mayor ya el pobre y mi mujer me ha dicho que lo traiga para que lo espabilen.

-No se preocupe por eso. Pasen, por favor.

Beatriz dio una voz a Alba, que se puso en pie y con movimientos pausados se dirigió al salón. José también se levantó y comenzó a recoger la mesa.

-Mi hermana atenderá a su hijo. ¿A usted puedo ofrecerle algo? ¿Un café tal vez?

La respuesta tardó en llegar.

-¿Y no podría encargarse usted de él?

-¿Cómo dice!

-Usted. No podría ser usted quien... quien le hiciera hombre.

-Mi hermana lo cuidará bien. Verá como no tiene problemas.



-Ya, pero a mí no me parecería fácil... con esa criatura tan triste... No se me pondría..., bueno, usted me entiende.

José se asomó por la puerta. El hombre que hablaba era un hombre grande, que le daba vueltas a un sombrero entre las manos. Detrás de él había un chico de unos veinte años, con buena planta pero sin aire de tener muchas luces. Miraba con fascinación a Alba, que estaba al pie de las escaleras, esperándolo a él o a que se decidieran.

Beatriz suspiró.

-Un momento, por favor.

Regresó a la cocina y, sin mirar a su marido como hacía cuando tenía clientes, se quitó el delantal y lo colgó.

-¿Os importaría recoger la cocina?

-Descuida.

Volvió a la sala. Alba bajó los dos peldaños que había subido y dejó pasar a su hermana, a la que siguió el joven. Este, al pasar al lado de la hermana menor, le dirigió una mirada de Pena que no quedaba muy claro si era compasión por la tristeza que reflejaban sus pupilas, o lástima porque había perdido la oportunidad de que fuera ella quien lo desvirgara.

El padre no quiso quedarse a esperar. Pagó por adelantado y se marchó de prisa de allí, como se marchaban todos los que estaban casados y aún conservaban la reputación de fieles a sus esposas.

José y Alba recogieron la cocina en silencio. Y la niebla de Alba se le contagió al oficial. !

-¡Qué poco saben algunos padres! -comentó él mientras ella fregaba los cacharros-. El muchacho habría preferido subir esas escaleras contigo.

Ella lo miró un instante y José no dijo nada más, porque sus ojos azules brillaban al borde del llanto. Aquella tarde el alférez tampoco visitó las vías del tren.

-Así que sigues sin visitar a tu maquinista –concluyó Carmen ante las escuetas explicaciones de José-. Vaya, parece que estabas mejor cuando te asediaba tu cuñada que ahora que te deja tranquilo.

-La tristeza es contagiosa.

La mujer soltó una de sus enormes carcajadas.

-¿Me lo vas a contar tú a mí, que me hundes casi todos los días?

José sonrió.

-Tú a mí me animas.

-No lo suficiente. Lo que tendrías que hacer es marcharte con la mujer del tren y dejar de una vez a las dos hermanitas, que van a volverte loco.

-Ahora estoy bien.

-Sí, claro. Como nunca.

Un soldado llamó a Carmen a voces y la mujer hizo un gesto con la mano y le mandó al diablo.

-En serio -insistió el alférez-. Llevo dinero a casa, puedo quedarme toda la tarde sin tener que huir, ya no hay problemas de que mi mujer pueda molestarse por lo de Alba.. . Lo único es que ella está triste.

-Y tú eres un jodido buenazo que no puedes ver triste a quien te ha estado puteando.

José negó con la cabeza.

-Ella no me ha estado puteando, Carmen. Tan sólo...

-¡Bah! -dijo la mujerona poniéndose en pie-. Los hombres sólo veis lo que queréis ver y os acordáis de lo que os da la gana. Haz lo que quieras. Pero entre las dos van a acabar " . contigo.

-¿Y qué propones? Que lo deje todo por una mujer de la que ni siquiera sé el nombre.

-Ya lo has hecho una vez -sentenció Carmen, y se fue a atender al soldado que la había llamado.

La tarde siguiente fue la última que José mantuvo su postura de no visitar a la maquinista. Estuvo hojeando Marianela, de Pérez Galdós, mientras que Alba pintaba círculos con el dedo en la tapicería del cojín y Beatriz cosía. De pronto el alférez alzó la vista a su mujer.

-¿De quién son esas camisas? -preguntó frunciendo el ceño-. No recuerdo habérmelas puesto nunca.

-Son de don Horacio. Me las ha traído esta mañana. Como está viudo y no tiene quien le cosa...

José observó a su mujer. Ella no levantó la vista de lo que hacía, y el hombre se puso en pie y salió a la calle. El tren ya había pasado, pero aun así él caminó a la entrada del pueblo, y regresó sobre sus pasos, y volvió a recorrer el fragmento entero de vía que atravesaba la zona de casas. Después se dirigió al mesón de Carmen y pidió que le pusiera una copa. Aquella noche ganó a las cartas más que nunca.

José llegó al burdel a las nueve y media de la mañana. Durante toda aquella semana había estado llegando más tarde que de costumbre, y en cierto modo se debía a que no comenzaba a jugar a las cartas hasta las dos y media, o las tres menos veinte de la mañana, puesto que antes de comenzar la partida se iba siempre a la vía del tren, a esperar que pasara la mujer de los ojos verdes. No había habido día que no pasara por allí dos veces: a las cinco menos diez de la tarde y a las dos de la madrugada. Y cuando hablaba con Carmen, la maquinista había pasado a ser el centro de su conversación. No había

vuelto a mencionar a su esposa y rara vez a su cuñada. Cuando Carmen había preguntado por la primera, él no había contestado. Cuando lo había hecho por la segunda, José había suspirado y negado con la cabeza. "No sé, Carmen. No sé qué va a ser de esa chica". "Por lo menos te ha dejado en paz". Y José asentía. Y volvía a llevar el tema a la maquinista de ojos verdes.

Esa semana también había jugado a las cartas después de la visita de las cinco a las vías del tren, las tardes que Beatriz no había tenido clientes, ni Alba tampoco. Apenas pisó el burdel más que para dormir. Los dos últimos días ni siquiera se había levantado a la hora de comer, y sólo lo hizo cuando Beatriz lo despertó porque necesitaba la cama.

Sin embargo, aquel día fue el primero en que Beatriz ya había preparado el desayuno cuando él llegó. Estaba sentada ante la mesa de la cocina, leyendo los artículos de Larra, lo último que José había comprado. Cuando su marido entró, ella alzó la vista del libro, se apartó un mechón de pelo oscuro de la cara, como hacía siempre desde que se le rompió su pasador de plata, y le dio los buenos días, volviendo a hundir la vista entre las letras.

José respondió al saludo y dio unos pasos hacia el salón, pero se detuvo en la puerta. Entonces se dio la vuelta y se sentó a la mesa, junto a Beatriz. Ella volvió a alzar sus ojos oscuros.

-¿Quieres tomar algo?

-Me tomaré un café, pero no te levantes. Ahora me lo preparo yo.

Beatriz hizo caso omiso de las indicaciones del alférez. Dejó el libro sobre la mesa, se puso en pie y le sirvió café en una taza. Se lo puso en frente.

-¿No vas a dormir? No tienes buena cara.

José se encogió de hombros.

-No tengo demasiado sueño. ¿Y don Horacio? ¿No viene hoy?

Beatriz se sirvió también un café y se sentó junto a José.

-Me dijo que iba a estar fuera un par de días. Se iba a visitar a una prima, creo.

Hubo un silencio en el que ambos dieron un sorbo a su taza. Después José retornó la palabra.

-¿Y tú? ¿Qué vas a hacer hoy?

-Estaba pensando en aprovechar e ir a comprar algo de perfume, que no nos queda ni a Alba ni a mí. Y tal vez comprar un gramófono o algo que toque y haga más cortas las horas. Aunque creo que voy a estar un poco justa de dinero para eso.

El oficial se metió la mano en el bolsillo y la sacó con unos billetes que dejó sobre la mesa. La mujer lo cogió y le dio las gracias.

-¿Dónde piensas comprar eso? -preguntó él.

-A la salida del pueblo, a unos tres kilómetros siguiendo las vías, hay una estación. Es donde para el tren. No para en el pueblo para evitar que la gente intente robar nada, pero Ismael conoce a la maquinista y si nos hace falta algo, se lo pedimos y él se lo pide a ella. Ella sólo para cuando ve que Ismael está sólo. Entonces detiene la locomotora y mira a ver qué es lo que quiere. Si lo lleva en el tren, se lo deja. Si no, lo trae otro día.

José escuchaba con una atención voraz, la barbilla apoyada sobre el puño.

-Creí que el tren no paraba hasta... .

-Y no para -contesto rotunda Beatriz-. Es un favor personal que le hace ella a Ismael. Nadie que no sea de aquí lo sabe.

José dio otro sorbo al café.

-¿Quieres que te acompañe?

-No. Acuéstate. O las ojeras te traspasarán la cara. Ya me acompañarás el día que tenga que traer el gramófono.

La prostituta se puso en pie.

-Los discos que compres, que sean alegres –comentó José.

Beatriz sonrió, se guardó el dinero en el escote, y salió del burdel. José la observó alejarse por la ventana, hacia las vías del tren. Dio otro sorbo al café y sonrió. Apuró la taza y sin dejar de sonreír subió al piso de arriba.

Se despertó tarde, pasada ya la hora de comer. Bajó hacia la cocina, donde se oían voces. De camino echó un vistazo al cuerpo lánguido de Alba sobre el tresillo, el pecho al desnudo, sus ojos azules clavados en el horizonte que se extendía más allá de la ventana.

En la cocina Beatriz charlaba con una señora muy arreglada y algo entrada en años. A su lado había un joven de unos veinte años, de buena planta. pero con aire de tener pocas luces. José lo reconoció como el joven que vino con su padre hacía no mucho, para que "lo espabilaran". Aquél cuyo padre insistió en que preferiría que se encargara de él Beatriz y no Alba. Los tres estaban de pie en la habitación. Cuando entró el oficial, la madre del chico enmudeció. José saludó, y ante el silencio denso que se había formado, se sirvió un vaso de agua y regresó a la sala de estar.

-¿Sabes qué están haciendo en la cocina? -preguntó el oficial a Alba al tiempo que se sentaba junto a ella.

La prostituta más joven negó con la cabeza, y sus rizos dorados se movieron imperceptiblemente.

-Sólo sé que hablan de mí -contestó-. Hace días que viene gente y habla de mí.

José la escrutó, tratando de obtener alguna información de su mirada azul. Pero no había nada. Prestó atención al parloteo de la mujer en la cocina. Tenía una voz aguda y chillona, pero desde la sala no se podía entender qué decía. Al cabo de un tiempo la charla fue amainando. Entonces Beatriz acompañó a los dos invitados a la puerta principal. Cuando entraron en la habitación en que estaba José, éste se puso en pie. Alba no se movió, tampoco cuando los ojos de la mujerona se clavaron en su cuerpo semidesnudo y la estudiaron, como quien estudia un ternero o una yegua que se dispone a comprar. El joven también miraba a la hermana menor, pero en sus ojos no había más que fascinación y deseo ante aquella piel blanca y limpia como la de las grandes damas que describen las novelas, y cuya piel en realidad no podría compararse con la de la prostituta.

La mujer de la voz chillona estrechó la mano de Beatriz en la puerta, su hijo hizo lo mismo, y ambos salieron de allí. Cuando se quedaron solos el alférez siguió a su mujer a la cocina.

-¿Qué querían?

Beatriz se puso a fregar los cacharros que no había tenido tiempo de fregar con la visita y no respondió.

-¿Has dormido bien? -preguntó al cabo de unos instantes.

-He dormido de maravilla -contestó José en un tono tan áspero como el estropajo que estaba empleando la prostituta. Salió por la puerta de la cocina y caminó hacia la vía del tren.

Aquella noche no hubo partida de cartas, y el alférez aprovechó para sentarse con los fijos del local y también para charlar un rato con Carmen, en la barra. Cuando la mujer le preguntó por la maquinista José le confesó sus averiguaciones.

-Estamos a un paso, oficial -animó Carmen.

-Estoy casado, Carmen -contestó él.

-¡Claro! ¿Cómo podrías ponerle los cuernos a tu mujer? -comentó la tabernera con su habitual ironía.

José sonrió.

-En cualquier caso, no me puedo presentar ante la mujer de los ojos verdes así.

-Por supuesto que no. Tendrías que ponerte tu casaca. Estás más guapo.

Al día siguiente, cuando José se levantó algo pasada la hora de comer, también se oían voces en la cocina. El oficial bajó de prisa y entró sin llamar.

- .. yo quiero ayudar a tu hermana, pero ni siquiera me mira.

Era otro hombre que hablaba con Beatriz. A ése no lo había visto nunca José.

El oficial saludó y comenzó a servirse con calma un vaso de agua. El hombre, un cuarentón menudo pero no excesivamente feo, le dirigió un par de miradas nerviosas.

-Ese es problema suyo, Leandro -contestó Beatriz.

Se volvió hacia José-. ¿Necesitas algo?

-Nada que no pueda hacer solo, gracias.

La garrafa de agua se acabó antes de que el vaso estuviera lleno, y el oficial tuvo que servirse de otra.

-Señorita Beatriz -dijo el hombre, sin dejar de lanzarle miradas nerviosas a José-, creo que la única forma de ayudar a su hermana es fingir que soy un cliente. Tal vez así pueda acercarme a ella.

José se dio la vuelta, se cruzó de brazos y observó a Leandro que se giró de espaldas a él, incómodo. Después el alférez miró a Beatriz.



-Si lo único que quiere es acostarse con mi hermana, hágalo pagando, como todo el mundo -repuso la prostituta con su mirada de hielo, y señaló la puerta de la cocina en un gesto que no dejaba dudas.

Leandro alzó la nariz y recogió su sombrero que descansaba sobre una silla.

-Lo que usted busca no existe, señorita-dijo él-. No existe un príncipe azul que pueda salvar a una puta desmoralizada.

Al salir dio un portazo. José se mantuvo con los brazos cruzados, la vista fija en Beatriz. La mujer apoyó la frente en la palma de la mano y suspiró. Después miró a José. Él siguió en silencio.

-Sólo quiero ayudar a Alba. No te creas que la quiero dejar en manos de cualquiera. Es que no puedo verla así -dijo ella, dando un golpe con la palma de la mano en la mesa-. Así que deja de acusarme de ese modo. Nadie la quiere como yo.

Acto seguido salió de la cocina. José se quedó quieto, apoyado en el fregadero. Y al cabo de unos segundos dejó el vaso de agua sobre la mesa y salió afuera. Ni siquiera le había dado un sorbo.

A la noche siguiente Carmen se sentó a preguntarle si había ido a la estación a ver a la maquinista. José negó con una sonrisa. La mujer resopló y ambos se quedaron en silencio, frente a la mesa. Aquella noche el local estaba medio vacío. Pero el sábado se llenaría de nuevo.

-¿Podría pedirte un favor? -preguntó ella-. Lo haría yo misma si pudiera pasear por este jodido pueblo como haces tú, pero nadie me daría aquí ni la hora; nadie que no sea uno de los nuestros.

José la invitó a hablar con un gesto. La mujer se sacó del bolsillo un collar de cuentas y lo puso sobre la mesa.

-Tiene el broche roto. Necesitaría que me lo cambiaran o me lo arreglaran. Sé que en el pueblo hay un hombre que sabe hacer este tipo de cosas -sacó unos billetes y los colocó junto al collar-. ¿Lo llevarías? No creo que te cobre mucho.

José se lo metió todo en el bolsillo.

-Mañana .te lo. traeré de vuelta.

Hubo un silencio.

-¿Estás seguro de que no quieres ir a la estación a buscar a tu maquinista?

-Estoy seguro.

Aquella noche José abandonó la casa de Carmen a las dos menos cuarto, se pasó por la vía a saludar a la mujer de los ojos verdes, que sacó medio cuerpo por la ventana al pasar a su lado, y a continuación se dirigió al burdel. ,.

Al día siguiente se levantó antes, comió pronto, y llevó el collar a arreglar. Mientras lo hacían estuvo dando una vuelta por las calles, pasó frente a la casa de Estrellita, la tienda de comestibles, la de herramientas. . ., y después regresó a la vía del tren. El pueblo estaba tan desolado como siempre. El aire seguía arrastrando cardos y arena. Pero detalle a detalle no parecía tan triste. En los patios algunas niñas saltaban a la comba, y los niños jugaban con un balón pinchado. Y el tren hacía temblar el suelo, y en su locomotora estaba aquella sonrisa enigmática que hacía brillar unos ojos verdes y salvajes. José recogió el collar, volvió a guardárselo en el bolsillo y caminó hacia el burdel. Antes de entrar se detuvo y lo observó unos instantes. Había que volver a pintar la fachada, y una contraventana del dormitorio de Alba se había desencajado. Tendría que arreglarla. Y tenía que ir a buscar agua... Apenas habían cambiado las cosas desde que él llegó. En el interior del

burdelito seguían viviendo dos hermanas, y una de ellas languidecía en el tresillo, esperando ser rescatada de ese abismo sin fondo en el que se había metido. Todos los enseres temblarían cuando pasara el tren a las dos de la mañana. Y las dos mujeres seguirían allí solas. Y la mujer de los ojos verdes volvería a pasar mil veces para insultar con su hermosura la decadencia del pueblo.

José entró por la cocina. Horacio estaba sentado a la mesa y la prostituta estaba de pie detrás de su silla. Ambos estaban en silencio, un silencio que se hizo más palpable cuando entró José. Horacio se levantó, le dio un beso en la mejilla a Beatriz y salió. El oficial esperó de pie. Entonces ella le invitó a que se sentara.

-Estoy bien así. ¿Qué me tienes que decir, Beatriz?

La mujer clavó la vista en el suelo, y como si la visión de los tablones torcidos le diera fuerzas, volvió a alzarla hasta José y habló.

-Me voy a casar, José. Con Horacio. He estado ahorrando para poderme comprar una granja y me voy a vivir allí con él.

-Por eso te querías deshacer de Alba. Ella nunca ha querido vivir en una granja.

Beatriz apretó el respaldo de la silla y negó con la cabeza.

-Jamás he querido deshacerme de Alba. Sólo quiero que sea feliz. Y el sueño de Alba es casarse, ya lo sabes. Marcos se va a casar con ella. Lo conoces. Es el jovencito ese que estuvo aquí antes de ayer con su madre.

-¿Piensas que él la hará feliz?

Beatriz volvió a mirar las tablas torcidas, de nuevo a José.

-No le puede hacer más daño del que le hemos hecho .- tú y yo.

El oficial apretó la mandíbula y clavó la vista en la puerta que daba a la sala.

-No seré joven eternamente, José. Ni Alba tampoco. Pronto se nos pasará la edad para los clientes. Aunque pase hambre, quiero tener mi granja. Y Horacio está dispuesto a acompañarme. Tú... puedes quedarte aquí. No venderé el burdel si te hace falta. Es para ti. Yo ya pediré un crédito o algo así para terminar de pagar lo que falte.

José dio la vuelta alrededor de la mesa y salió de la cocina sin decir nada. Beatriz cerró los ojos y hundió la cara entre sus manos.

El salón estaba casi en penumbra. Alba estaba tumbada sobre el tresillo, con el pecho al descubierto, y nada más que una enagua. Sus rizos claros le rodaban sobre la piel desnuda. y su mirada azul estaba lejos. José dejó sobre la mesilla que había a la entrada el collar de Carmen y avanzó hacia las escaleras, pero se detuvo antes de empezar a subir. Se volvió hacia la prostituta más joven, buscó por la habitación su corsé y lo encontró tirado encima de una repisa. Lo cogió y se acercó con él hacia la muchacha. Se lo tendió

-Una mujer tan bonita como tú no necesita ir así para llamar la atención -murmuró en un hilo de voz.

Los ojos de Alba brillaron y sonrió, al tiempo que dos lágrimas brotaban de ellos. Se "puso en pie y se abrazó como una niña al cuello del oficial. Ella ayudó a ponerse el corsé.

-Me ha dicho Beatriz que te vas a casar -dijo él con serenidad.

Alba le clavó sus ojos azules. Él siguió.

-Con Marcos. Es un buen chico. Y te quiere. Se enamoró de ti desde que te vio el primer día y el terco de su padre...

Él sonrió.

-¡Qué poco saben algunos padres!

Ella sonrió también, pero sólo un instante. Después volvió a serenarse.

-Marcos tiene dinero. Te llevará a vivir a la ciudad. Y serás la envidia de todas las mujeres. Bueno, y él de todos los hombres, porque ninguno de esos señoritos de ciudad tiene una esposa como la que tendrá Marcos. Hermosa, lista, con los ojos tan azules y. .. capaz de poner tanto sentimiento. Alba miró el suelo.

-Todas las demás mujeres tendrá!1 que vivir con la idea de que algún día su marido las engañará. Porque ellas no saben retener a sus maridos, ¿no era así, Alba? Pero tú sin embargo no tendrás que preocuparte. Porque sabes cómo hacerlos felices. Siempre lo has sabido.

Alba dudaba. En su rostro una sonrisa peleaba por imponerse a su mirada triste.

-Tienes la camisa sucia -dijo de pronto-. Te la lavaré. Dentro de poco tendré que lavar muchas camisas.

-Puedo imaginarlo Marcos va a estar abochornado de que todo el mundo le diga las camisas tan limpias que lleva. Por fin la sonrisa venció a la tristeza.

-Trae. Dámela. La llevaré a la cocina, con el resto de la ropa sucia.

El oficial obedeció y la mujer le ayudó a quitársela. Cuando se dirigía a la cocina vio el collar de Carmen y dio un grito.

-¿ Y este collar? ¡ Es para mí! -exclamó-. La curva del collar parece estar escribiendo una " A". Mi madre siempre decía que cuando encuentras una cosa que está dibujando tu inicial es que es para ti.

Alba había cogido el collar y miraba cómo lucía en el aire. José palideció. Y cuando la hermana lo miró toda su recién nacida alegría se vino abajo.

-No-se contestó la joven-. No es para mí, sino para Beatriz, ¿no es cierto?

-No, no es para Beatriz -dijo José. Y tardó un poco en añadir: -Es para ti.

Alba se acercó a él con el collar en la mano y la camisa bajo el brazo.

-José, no puedes mentirme. Lo has comprado para mi hermana. Te leo en los ojos que no es mío.

Entonces ose ogro preguntar en un tono e voz mas verídico que el que había empleado en su frase anterior:

-¿Cómo dices? -¿Te has creído que lo he comprado yo?

La duda se pintó de nuevo en los ojos claros de la mujer.

-Yo no tengo dinero Alba. No Puedo comprarle algo así a Beatriz. Ese collar es para ti.

Ella despegó los labios para decir algo, pero los volvió a cerrar mudos, negando con la cabeza sin saber qué pensar.

-Te lo ha comprado Marcos. Me dijo que lo trajera para dártelo si él no podía venir. Y yo lo he dejado encima de la mesa. He estado muy torpe. No tenías que haberlo visto.

Alba miraba las cuentas tan redondas.

-Es tuyo. Pruébatelo -insistió José.

Y ella alzó unos ojos alegres.

-Voy a probármelo ahora mismo.

Le devolvió la camisa a José y salió corriendo escaleras arriba, hacia el único espejo de todo el burdel.

El oficial se puso de nuevo la camisa sucia y regresó a la cocina. Marcos acababa de entrar por la puerta, con Horacio. El viudo no saludó a José. El más joven sí esbozó un tímido

"buenas tardes". José en lugar de responder al saludo le dijo con sequedad:

-Si Alba te comenta algo, tú le has regalado un collar. y no hagas preguntas. Se supone que se te tenía que haber ocurrido a ti.

No dio tiempo a hacerlas. Los pasos de la joven corriendo escaleras abajo como un potro desbocado lo impidieron. Se había puesto el collar y un chal sobre el corsé, y venía estirando mucho el cuello. Beatriz le dirigió una mirada interrogativa a su esposo, pero él no se la devolvió.

Alba le dio un beso en los labios a Marcos.

-Muchas gracias. Es precioso.

-Yo..., de nada.

Al llegar a este punto José apretó la mandíbula y se dirigió a grandes zancadas hacia el exterior. Salió de la cocina dando un portazo. Beatriz lo siguió.

Comenzaba a anochecer ya hacer frío. Ella se abrazó el cuerpo y se apresuró hasta él.

-¿Qué es lo que ocurre?

-¿Tú le has oído? "De nada". ¡De nada! No podía haberle dicho cualquier cosa agradable. "No tan bonito como tú", "es lo menos que podía hacer por ti", o incluso un simple "me alegra que te guste". No. Tenía que decir "de nada".

Beatriz apoyó una mano en el hombro del oficial.

-¿Y es ese idiota el que tiene que hacer feliz a tu hermana? -añadió él, y desembarazándose de la prostituta. comenzó a caminar hacia la parte devastada.

Beatriz se quedó unos instantes quieta allí, tal y como la había dejado el alférez. Cerró los ojos y cuando los volvió a abrir brillaba en ellos alguna lágrima no dispuesta a caer. La mujer se los secó con los dedos. Después regresó al burdel,

pus la mano en el pomo de la puerta, y antes de entrar se aseguró de que podía forzar una sonrisa.

Cuando José llegó a casa de Carmen había una partida empezada. La mujer le metió prisa para que jugara, pero José se negó.

-Tengo que hablar contigo. Es sobre tu collar.

Carmen distribuyó las jarras que llevaba entre los clientes que se las habían pedido y se dirigió a la barra, donde se había sentado José.

-¿Qué le pasa a mi collar?

-Se lo he regalado a Alba. No me ha quedado más remedio. Lo vio, se creyó que era para ella, y recuperó toda la alegría de antes pensando que se lo había regalado su prometido. No podía decirle que no era así.

Carmen se sentó en otro taburete.

-Alférez, ¿has dicho que se lo regaló su prometido?

-Que creía que se lo había regalado su prometido. Alba se va a casar con un tipo que le ha buscado su hermana.

-¡Jesús!

La mujer se llevó la mano a la cabeza.

-Bueno, olvídate del collar. Tampoco valía nada. De hecho, desde que se rompió el broche lo había dado por perdido y no me importaba. Sólo era una baratija.

-Carmen, voy a comprarte otro collar. Mañana iré a la estación y le pediré al tal Ismael un collar como el tuyo.

-Olvídalo. ¿No está ahora más contenta la muchacha? Pues ya está. A ella le ha servido para más que a mí. Aunque si lo que quieres es una excusa para ir a la estación de una vez por todas, necesitareé ese collar con urgencia.

La mujer se puso en pie y le dio una palmada en la espalda.



-Ya está todo resuelto. ¿Quieres jugar ahora?

José se quedó en silencio.

-¿Y bien? -suspiró la mujer-. ¿Qué más hay? ¿Qué es lo que te pasa por esa cabeza?

-Alba no es la única que se casa. Beatriz también. Con un viudo imbécil y maleducado. Se irán a vivir a una granja a criar pollos. Ella siempre quiso una granja.

Carmen se volvió a sentar. Un soldado fue a pedirle una cerveza pero se contuvo al ver que estaba hablando con José. Ya se conocía los gritos de la mujer.

-Carmen, nunca le he dado nada a Beatriz. Nunca.

-Vamos, alférez. No es eso. Es puta y es normal que se haya ido con el que más le ha ofrecido.

-No, Carmen. El otro no tiene nada. Tiene menos de lo que tenía yo. La granja la va a pagar Beatriz con su dinero. Y el otro sólo la acompaña. Sólo la acompaña.

La mujer le apretó el hombro con fuerza.

-Olvídalo. No te tortures por cosas que no tienen importancia. Mañana irás a comprar ese collar. Yo no lo quiero para nada, pero irás al tren. Y no te preocupes por devolvérmelo. No se te ocurra tirar por la borda todos tus sueños por devolverme ese collar, que te conozco. Si no vuelves, sabré que eres feliz.

José se quedó en silencio. Carmen se dirigió detrás de la barra y sacó todo el dinero del oficial del tarro de cerámica. Había muchísimo dinero. Tanto que la mujer había tenido que cambiárselo varias veces a billetes de más, para que cupiera: Dinero suficiente para comprar con algo de ayuda una granja pequeña. Se lo tendió.

-Vete a dormir. Mañana tienes que estar muy guapo.. Ponte la casaca y a ver si te da un poco el sol.

José miró el dinero y fue a decir algo, pero Carmen no le dejó.  
-¡Cógelo! A mí no me llevas la contraria, alférez.  
El lo cogió, y ambos se dieron un abrazo.  
-Te echaré de menos -le despidió ella en la puerta.

José se dirigió a la vía del tren. Se sentó sobre la arena y esperó a que pasara. La maquinista lo esperaba también y nada más verlo asomó todo su cuerpo y le tiró su gorra, con su sonrisa de luna creciente. Él la recogió y caminó con ella al burdel.

Dejó la gorra sobre el cañón de su fusil, arrinconado en la esquina de la salita desde que llegó. Se quitó la camisa que le había querido lavar Alba y la dejó en el cesto de ropa sucia de la cocina. Se descalzó las botas para no hacer ruido y subió a su dormitorio. Empujó la puerta con suavidad. Beatriz estaba tumbada de espaldas a él, con el rostro hacia la ventana. La luz de la luna se reflejaba sobre su hombro moreno. José se apoyó en la jamba de madera y se quedó allí, observando a su esposa, a aquella mujer a la que no había tocado jamás. Su cuerpo duro, su pelo negro bailándole sobre el rostro hasta la barbilla... Todo tenía un aire de magia bajo aquella luz. La miró durante mucho tiempo, sin atreverse a entrar, y sin darse cuenta de que no dormía. Beatriz, el rostro vuelto hacia la luna, estaba llorando en silencio. "

José durmió en el tresillo, como las primeras noches. No le despertaron los pasos de Beatriz cuando bajó por la mañana temprano, ni los sonidos de la cocina. Tampoco le despertó Alba, que bajó trotando los cuatro primeros escalones y se detuvo al verlo dormido para bajar los demás sin hacer ruido. Sino que se despertó a medio día. Estiró el cuerpo entumecido

y fue a buscar agua para llenar el balde y bañarse. No se encontró con ninguna de las dos hermanas, pero le habían dejado potaje hecho. Comió y después se dio un baño. Estaba vistiéndose en el cuarto de la mayor cuando por fin oyó a Alba. La joven tendía la colada en la parte de atrás del burdel y canturreaba una cancioncilla. José se asomó a la ventana y la observó. Llevaba puesto el collar y bailaba con cada prenda de vestir antes de tenderla. El oficial se terminó de abrocharse sin dejar de observarla. De pronto ella detuvo su baile. De entre la ropa sacó la camisa de José, la que llevaba puesta el día anterior, y se quedó mirándola. La acarició, y su mirada se apagó.

-Ella te adoraba.

La voz de Beatriz le sobresaltó. La prostituta estaba a su lado y le tendía los papeles del divorcio y una pluma.

-Eras su héroe, su príncipe azul.

José los cogió sin decir nada. Beatriz seguía mirando por la ventana a su hermana.

-Debiste haberte casado con ella y no conmigo - añadió mientras él firmaba-. Pero los dos sois estúpidamente orgullosos.

-No tenía nada que ofreceros. Fue un error.

Se los devolvió. Beatriz los cogió y dobló con cuidado. Miró a José.

-Alba no necesitaba nada. Sólo a ti.

La hermana menor acarició una vez más la camisa. Después se llevó la mano al cuello y sus dedos rozaron el collar. Entonces sonrió de nuevo y la tendió por fin. La siguiente prenda era una falda y también bailó con ella.

-Me voy a llevar esto a los Juzgados y Horacio viene a , buscarme a las cinco para irnos, así que, si vas a salir como todas las tardes, tal vez ya no nos veamos.

José le tendió la mano.

-Adiós, Beatriz.

La mujer lo miró a los ojos. Entonces se acercó a él y le rozó con los labios la mejilla, en algo que fue más una caricia que un beso. Y se dio la vuelta. José la detuvo.

-Beatriz, ¿le quieres?

Ella bajó la vista y se quedó unos instantes en silencio. Cuando la volvió a subir contestó:

-Eso en mi vida nunca ha importado.

José caminó a la estación del tren, con su casaca en una mano y la gorra de la maquinista en la otra. El aire ardía, y el sol pesaba como un yunque. Pero el oficial no tardó demasiado en llegar. Tal y como había dicho la prostituta, eran sólo tres kilómetros, tal vez menos. Cuando pudo divisar el tejado de la estación, se puso la casaca y se metió la gorra en el bolsillo de la misma.

Ismael estaba de pie junto a la vía, con los pulgares metidos en las hebillas del pantalón. Era un hombre encogido, de piel tostada y ojos diminutos. Observó con los párpados entornados cómo José se acercaba entre las oleadas de polvo y arena y no dijo nada hasta que el alférez estuvo a su lado y le dio las buenas tardes.

De los labios de Ismael colgaba una pipa, y el hombre devolvió el saludo moviéndola ligeramente de arriba a abajo y permaneció mudo, escrutando al oficial.

-Necesito un collar -dijo José.

El hombre siguió mirándolo un rato más. Después le hizo un gesto para que le siguiera y entraron en la estación. El interior estaba repleto de cajas de madera colocadas por todos lados y a distintas alturas. En las cajas había los bienes más

diversos. Paquetes de sal, jabones perfumados, tabaco del bueno...

-¿Qué clase de collar?

-Uno de cuentas. Si tiene alguno aquí, me servirá. No me importa el color.

Ismael abrió un cofrecito y rebuscó en él sin dejar a José ver nada. Al poco alzó un collar de piedras pequeñas y opacas rojizo.

-Esto es todo.

El alférez lo cogió. No era gran cosa.

-Tal vez en el tren venga algo mejor -bailó la pipa de Ismael.

José alzó la vista hacia el hombre, sin decir nada.

-¿Sabe una cosa, joven? No se ven muchos de los suyos por aquí. No se ven muchos. Es extraño que usted haya venido.

El alférez escuchó tan mudo como se había mostrado antes el otro hombre.

-A Diana le hará gracia. Le diré: "Diana, ha venido uno de los tuyos, de los que te pagan. Y ha venido a comprar".

De pronto el rostro del hombre se ensombreció y sus ojillos pequeños miraron a José con desconfianza.

-Usted no va a decir nada de este... pequeño negocio, ¿verdad?

-Si la persona que me lo dijo hubiera pensado que podía irme de la lengua, ¿cree que lo habría hecho?

-Supongo que no. Pero esto es extraño. Es extraño que alguien del pueblo haya confiado en uno de ustedes, que le haya dicho a usted que les robamos parte de las mercancías. Aunque sea una parte muy pequeña. No sé si me entenderá. Ustedes son los que pagan a Diana.

José se giró y observó el contenido de las cajas.

-Llevo bastante tiempo aquí -aclaró-. Lo único que conservo de... "los míos" es la casaca.

-Usted tampoco cree en la guerra. José hundió la mano en una caja llena de letritas de hierro del tamaño de una uña cada una, y sacó un puñado. Al abrir la palma se encontró con una "G", una "B", una "T" y una "S".

-¿Qué es esto? -preguntó.

-Letras, letras para marcar en el cuero. Se calientan y luego se queman con ellas las cosas de cuero, y así escribes las iniciales.

José cogió con la mano del collar la letra "B".

-¿Y cuánto cuesta una letra?

-Si se lleva el collar puede quedársela.

José asintió con la cabeza, observando la letra diminuta. Ismael miró el reloj que había sobre la puerta.

-Oiga, son las cuatro y media pasadas. El tren no va a tardar mucho. Si quiere quedarse a esperar lo..., seguro que encuentra collares más bonitos que ése. José levantó el collar y lo miró frunciendo el ceño.

-Seguro.

-Además, yo creo que usted le gustará a Diana, ¿sabe?

Ella tiene un gusto muy especial, pero la conozco. Quédese y se la presentaré.

El oficial estudió unos instantes al hombrecillo oscuro. Después miró el reloj.

-Se me hace tarde -murmuró-. Si me dice cuánto le debo.

Ismael se acercó al cofrecillo y miró el precio. José se sacó unos cuantos billetes arrugados del bolsillo y se los tendió.

-Quédese con el cambio.

El hombre le dio las gracias.

-El collar no es tan feo. Quiero decir, que si la mujer es bonita, lo lucirá. José se despidió y salió de la estación con el collar y la letra "B" en la mano. Ismael le siguió.

-Vuelva pronto.

José dio un par de pasos, y después se paró en seco. Se metió la mano libre en el bolsillo de la casaca y sacó la gorra de la maquinista. Se la tendió a Ismael.

-¿Podría devolvérsela la señorita? ,

La pipa del hombre se descolgó unos milímetros. El cogió la gorra y se quedó mirándola. Cuando volvió a alzar sus ojillos oscuros hacia José estaban llenos de sorpresa.

-Creo que sería mejor que se la devolviera usted.

El oficial negó con la cabeza.

-¿Usted ha visto a Diana? -preguntó el hombrecillo.

José asintió en silencio.

-¿ y está seguro de que no quiere esperar?

José sonrió, y asintió de nuevo. Y comenzó a caminar hacia el pueblo.

Eran las cinco menos diez cuando José cruzó la vía del tren a la entrada del pueblo. La locomotora pasó rugiendo detrás de él, pero él no se dió la vuelta. Acarició el collar con el pulgar de su mano izquierda, y se metió la derecha en el bolsillo del pantalón. De él sacó un pasador de plata, con unos caballos grabados en relieve. Lo miró, sonrió, y siguió caminando.

Este libro se terminó de imprimir  
el día 18 de Enero de 2003,  
festividad de San Marcelo,  
en los Talleres de Yecla-Grafic.

LAVS DEO